

LAS ÉLITES DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN, UNA VISIÓN DE CONJUNTO, 1850-1920.

Juan Camilo Escobar Villegas
Universidad EAFIT, Medellín

Resumen:

El texto, que tiene como fondo una investigación sobre las élites intelectuales y los imaginarios sobre la identidad en la Antioquia del siglo XIX, presenta una mirada panorámica sobre los oficios y las profesiones en el Medellín decimonónico, basada en autores contemporáneos, en relatos de viajeros, en periódicos y revistas y en cronistas de la región. A partir de allí, se observa la forma como las élites controlaron la producción de riqueza, dirigieron el aparato político, establecieron una red de alianzas matrimoniales y se encargaron de la difusión de las ideas dominantes gracias a la organización de homenajes, tertulias e instituciones educativas, periodísticas y culturales como colegios, universidades, academias, bibliotecas, imprentas y librerías. En ese contexto se muestra la presencia del “proyecto civilizador” de las élites, es decir, de la difusión del ideal modernizador que caracterizó la historia de Occidente en la época estudiada y se insinúan los procesos que finalmente dieron nacimiento a la invención de la idea de “raza antioqueña”.

Palabras clave: Élites, imaginarios, identidad, “progreso”, “civilización”, “raza”, región, modernización, siglo XIX, Antioquia, Medellín.

Abstract:

The purpose of the text, as an investigation on the intellectual elites and the “imaginary identity” in Antioquia in the nineteenth century, presents a panoramic view on the offices and the professions in Medellín, based on contemporary authors, stories of travelers, newspapers, magazines and chroniclers of the region. From this point of view, it is observed the manner in which the elites controlled the production of wealth, directed the political apparatus, established a network of marriage alliances and thanks to the organization of tributes, educative, journalistic and cultural social gatherings and institutions such as schools, universities, academies, libraries, the presses and bookstores, were in charge of the diffusion of the dominant ideas. In that context the presence of the “civilizing project” of the elites is shown, that is to say, the diffusion of the modernizing ideal that characterized the history of West during the period of the research, and the processes that finally gave birth to the invention of the idea of the “antioqueña race” are insinuated.

Key words: Elites, imaginary identity, “progress”, “civilization”, “race”, region, “modernization”, nineteenth century, Antioquia, Medellín.

Introducción

El presente artículo hace parte de una investigación más amplia sobre las élites intelectuales y los imaginarios sobre la identidad en la Antioquia del siglo XIX. Aquí se presentan y discuten algunos elementos determinantes en la formación de las élites y en la gestación de las representaciones mentales con las que construyeron la ciudad y la región. Las preguntas que dieron fundamento a la investigación son de carácter antropológico e histórico: ¿Cómo y por qué las sociedades humanas se definen a sí mismas? ¿Quiénes son los encargados de hacerlo? ¿Cuáles son los mecanismos utilizados? ¿Qué función cumplen las construcciones sobre la identidad? ¿Cómo evolucionan las identidades? En fin, para el caso de Antioquia, las preguntas fueron las siguientes: ¿Desde cuándo se empezó a hablar de “antioqueño”? ¿Quiénes fueron los que impulsaron las principales definiciones? ¿En qué contexto social se pronunciaron y en qué medios? ¿Cuáles fueron los conceptos fundamentales que constituyeron lo que aparecía en aquel momento como una ideología regional de identidad? ¿La idea de “raza antioqueña” surgió gracias a la acción exclusiva de los intelectuales de la región o estuvo emparentada con lo que pensaban los europeos? ¿Hubo un trabajo racional para consolidar lo que se ha denominado como un imaginario de identidad? ¿Cuáles fueron las reacciones de las demás regiones y qué repercusiones tuvieron sobre la consolidación de los proyectos nacionales en Colombia?

1. La población: oficios y profesiones.

“El comercio se haya concentrado en Medellín, capital de la provincia, ciudad floreciente y rica; que a pesar de su posición interior, mantiene extensas relaciones con las principales naciones europeas”.

Carlos Segismundo de Greiff. Nota marginal al Mapa de la Provincia de Antioquia en la República de Nueva Granada, impreso en 1857 en París.

Cuando se iniciaba la segunda mitad del siglo XIX se ordenó por parte de los nuevos gobernantes liberales un censo general en la Nueva Granada.¹ De acuerdo con él, Medellín tenía en 1851 un total de 17.664 habitantes. El 59% fue

¹ Durante el siglo XIX Colombia tuvo diferentes nombres y divisiones administrativas. Desde 1819 hasta 1830 hizo parte de la República de Colombia o de lo que se ha conocido nostálgicamente como la Gran Colombia, entre 1830 y 1858 llevó el nombre de Nueva Granada, después por unos pocos años se denominó Confederación Granadina. Luego, desde 1861 hasta 1886, tuvo el nombre de Estados Unidos de Colombia, y posteriormente, hasta hoy, el de República de Colombia. Las

catalogado en la zona urbana y el 41% en la rural, es decir, la ciudad dejaba de ser la antigua villa del siglo XVIII para convertirse en un centro urbano con todas sus características. Ese cambio lo percibió el ingeniero sueco Carlos Segismundo de Greiff (1793-1870) en el informe que presentó a las autoridades de la ciudad en 1852. En él aseveró que “ricos almacenes de mercancías ultramarinas adornan la plaza principal y la calle del Comercio; varios edificios públicos de gobierno y municipales demuestran por su solidez y costosa construcción la prosperidad del país. (...) La aplicación a las partes útiles se ejercita aquí con ventaja en algunos ramos por algunos extranjeros y muchos naturales...” El informe de De Greiff demuestra, en otras palabras, que la ciudad lograba concretar el sueño iniciado en los primeros años de independencia: convertirse en la zona líder de la región y traer a ella las luces de “la civilización”.



Arte, revista ilustrada. Medellín. Directores: Francisco Villa, José J. Hoyos, Salvador Merino, Daniel Mesa. Organizó los Juegos Florales de “Arte” de acuerdo con la Sociedad de Mejoras Públicas. De septiembre 1913 a agosto 1914. 11 números.

divisiones internas variaron en ocasiones, pero predominaron, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, las de los nueve Estados soberanos: Antioquia, Cundinamarca, Bolívar, Boyacá, Cauca, Magdalena, Tolima, Santander y Panamá, este último hasta 1903 cuando se independizó en medio de una intervención norteamericana interesada en controlar el Canal.

Ahora bien, existen algunos censos desde la época colonial que permiten efectuar una mirada general sobre la población de Medellín. Gracias a ellos se puede comparar su evolución demográfica con respecto a la de otras ciudades principales de Colombia, así como obtener información importante para el conocimiento de los oficios y las profesiones en la ciudad que había sido consagrada a la Virgen de la Candelaria.² El siguiente cuadro permite apreciar la evolución del total de la población y compararlo en el contexto colombiano.

Cuadro N. 1
Población de los principales centros urbanos. 1870-1918

	1870 (a)	1898 (b)	1905 (c)	1918 (c)
Bogotá	40.000	78.000	100.000	144.000
Medellín	30.000	30.000 (d)	54.000	80.000
Barranquilla	11.600	25.000	40.100	64.500
Cali	12.700	18.000	30.700	45.500
Cartagena	8.600	12.000	24.500	51.400
Porcentaje en total nacional	3.5% de 2.917.000	3.8% de 4.262.000	5.8% de 4.319.000	6.6% de 5.855.000

Fuentes : (a) Jorge Orlando Melo "La evolución económica de Colombia", en: *Nueva Historia de Colombia (NHC)*, Bogotá, Planeta, Vol., 2, 1989, p.69.

(b) Francisco Javier Vergara, *Nueva geografía de Colombia*, Bogotá, Imprenta del Vapor, 1901, pp. 862 y 863. Citado por José Olinto Rueda, p.362

(c) José Olinto Rueda. "Historia de la población de Colombia: 1880-2000", en: *NHC*, Bogotá, Planeta, Vol., V, 1989, p. 371.

(d) Olinto Rueda no comenta esta cifra en comparación con la de 1870. Parece como si no hubiese presentado ningún movimiento poblacional durante 28 años. O la cifra muestra una vez más las imprecisiones de los censos del siglo XIX, o ella es el resultado de los importantes procesos de colonización que ocurrieron en la región en aquel final de siglo, durante el cual hubo una gran emigración hacia las zonas de la llamada frontera agrícola. Se revisó directamente la edición de 1901 de Francisco Javier Vergara y Velasco, de donde Olinto Rueda tomó el dato, y constatamos los mismos 30.000 habitantes sin ninguna explicación. El cuadro que lo contiene se llama "Las 50 poblaciones más notables del país por el número de habitantes aglomerados". Es preferible por lo tanto tomar como cifras más acertadas aquellas que registró Víctor Álvarez en su trabajo sobre "Poblamiento y población en el Valle de Aburra y Medellín: 1541-1951", en ellas se consideraron los mismos 30.000 vecinos para 1870, pero se propuso un crecimiento anual de 2% para el último cuarto de siglo, de lo cual resultaría, para 1898, un total de 47.000 habitantes en Medellín aproximadamente.³

² Medellín ha sido conocida también como Villa de la Candelaria desde los tiempos coloniales. Este nombre proviene del culto efectuado a esta virgen en el Poblado de San Lorenzo, primer sitio donde se efectuó una organización de la población en 1615 por orden del visitador y oidor Francisco de Herrera y Campuzano. El funcionario español fue enviado para que contara y separara los indios del resto de la población y poder llevar así un mejor control de los tributos que los nativos debían pagar a la Corona.

³ Víctor Álvarez. "Poblamiento y población en el Valle de Aburra y Medellín. 1541-1951". En: *Historia de Medellín*, (2 vols.). Bogotá: Suramericana, 1996, vol. 1, p.75.

Como lo hacían los censos, algunos visitantes nacionales y en especial los viajeros extranjeros contaron y describieron la población, pero añadiendo con frecuencia en sus relatos observaciones y juicios de valor sobre el tipo de ciudad que se gestaba entre las montañas de Antioquia, en medio del Valle de Aburrá. Algunos de ellos lo hicieron hablando de los oficios y profesiones de sus habitantes o elaborando comparaciones con modelos provenientes de Europa. De esa manera, dejaron “testimonios” –hoy se llaman representaciones– de la condición social de los pobladores y de sus producciones culturales. Así por ejemplo, rondando los años de 1869 y 1870 el médico y botánico francés Charles Saffray llegó al Valle de Medellín por su costado oriental, desde allí lo divisó “completamente bañado de luz”. Después de las descripciones geográficas y las alabanzas usuales y de rigor a la naturaleza tropical, la cual le produjo impresiones “cuyo recuerdo no puede olvidarse fácilmente”, comentó sobre la gente que allí encontró:

“En Medellín como en toda la Nueva Granada apenas hay más aristocracia que la del dinero. Los descendientes de los exploradores que descubrieron el país fundando los primeros establecimientos, y los vástagos de los altos funcionarios enviados por la metrópoli, escasean de tal manera, que la aristocracia de la cuna no existe en la Nueva Granada; la del talento es desconocida también y así es que en aquel pueblo, ocupado tan sólo en buscar el progreso material, los sabios, los artistas y los poetas quedan siempre pobres sin poder constituir una clase separada. La clase de menestrales figura en primer término; en ella se comprende a las personas dedicadas a las profesiones liberales, a los mercaderes y a los propietarios de haciendas (plantíos o granjas), así como también a todo el que posea unos quince mil duros”.⁴

Saffray observó luego que la cuestión del color es mejor no tratarla mucho, puesto que “cada cual se jacta de descender en línea recta de hidalgos de sangre azul” sin importarle que en las calles abunden los “colores morenos, amarillos y atezados que se ven en casi todas las familias”. Por ende, el relato del explorador puso en duda la pretendida pureza de origen que las élites de la región atribuían a la población de Antioquia en general. De otra parte, según la narración del europeo, entre aquellos habitantes de Medellín el dinero “es el término único de comparación” de forma tal que el enriquecimiento “por la usura, los fraudes comerciales, la fabricación de moneda falsa u otros medios por el estilo” exaltan la fama y el ingenio de las personas. El viajero francés

⁴ Charles Saffray, *Viaje a Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, p. 93. Puede consultarse también la obra en francés: *Voyage à la Nouvelle-Grenade: un voyageur français découvre le monde indien: 1869-1870*. Paris: Phébus, 1990.

comentó que las estafas y las trampas en el juego aumentaban en ocasiones las fortunas de algunos, quienes eran tenidos por ese hecho como individuos que “saben mucho”. En consecuencia, el individuo que se había mantenido al margen de las anteriores prácticas era definido como un buen sujeto pero despreciado por ser muy pobre.

Medellín era pues a sus ojos, en 1870, una ciudad en donde no se hacía comercio de exportación porque sólo se poseía oro para enviar al exterior con el fin de traer grandes cantidades de mercancías, como hierros y algodones blancos o crudos de Inglaterra; quincallas, juguetes y fósforos de Alemania; pañuelos, chales y cortes de muselina de Suiza; vinos de España; y lanas, sedas, artículos de mercería, sombreros, calzado, drogas y medicinas de Francia. Punto seguido, el viajero europeo diferenció las actividades de las mujeres de las de los hombres, quienes no se visitaban los unos a los otros y normalmente se daban cita en los almacenes o en las tiendas para hablar de negocios o de placeres, dependiendo de la edad. Dichos lugares “son verdaderos bazares y ninguno tiene especialidad”. Para Saffray el oficio de tendero era el más común y codiciado, señalando con agudo ojo cómo los hombres que pertenecían a este gremio llevaban colgada de su pantalón, mañana y tarde, “la enorme llave que constituye la insignia de su profesión”.

De otra parte, Saffray aseguró que la ignorancia era lo que podía explicar la falta de relaciones sociales, la ausencia de bailes, de teatro, de literatura y de arte. El panorama cultural que trazó fue desolador, vale la pena citarlo:

“... Bien es verdad que poco tienen de que hablar en una población donde no hay bailes, ni conciertos, ni teatros, ni crónica, donde la vida de hoy es la misma de hace un año y la de toda la existencia. ¿Se habrá de hablar de literatura a unas mujeres que no conocen ni un verso de Espronceda ni de Bretón de los Herreros, que no han visto las producciones de Moratin ni aun por el forro, y que no saben que ha existido un Herrera? ¿Se hablará de música a aquellas damas que no conocen más instrumento que la guitarra, y que sólo aprenden de rutina algunas coplas, las cuales constituyen su eterno repertorio? ¿Podrá discutirse sobre pintura con una gente que nos ensalza como cuadros maestros los mamarrachos de Quito que se venden a duro la vara? La conversación carece de alimento en todos los puntos de que pudiera tratar una persona instruida...”⁵

Obviamente, los bailes, los teatros y los conciertos que añoraba Saffray debían ser aquellos que se asemejaran a los vistos por él en Europa, puesto que más adelante reconoció la existencia, en Medellín, de “un Coliseo que tiene dos

⁵ *Ibid.*, pp. 94-95.

filas de palcos” con una platea bastante grande por donde se pasea el público fumando libremente y “sin temor de que se vicie la atmósfera, pues el techo es pura y sencillamente la celeste bóveda”. Reconoció que en la ciudad había actores y notó que todos pertenecían al “sexo feo”, debido a las preocupaciones y sanciones que podrían generarse contra las mujeres que se atreviesen a actuar, como una posible excomunión en tanto la iglesia vigilaba férreamente la conducta de aquellas. En todo caso, se puede concluir que, gracias a su propia información, los bailes no eran extraños en la ciudad de treinta mil habitantes que poseía Medellín en 1870. Llevaban otros nombres y se desarrollaban bajo coreografías que no eran del gusto del viajero francés, quien aseguró que “en Medellín no hay función completa sin baile”.

Ahora bien, la segunda mitad del siglo XIX fue para Medellín una época de grandes transformaciones. Aunque Charles Saffray percibió la importancia económica de Medellín en el contexto regional y nacional, fueron insuficientes sus apreciaciones sobre los hombres que estaban produciendo intelectualmente, y que ya habían empezado a entregarle a la ciudad, para 1870, obras, instituciones y un ambiente general de discusión y creación cultural con el que interactuaron más allá de sus fronteras.

Debe constatar que 1864 fue una fecha revolucionaria en la historia de la región. Quien dirigió los acontecimientos, propuso una política de transformación y participó desde el poder en la gestación de una imagen regional, se llamó Pedro Justo Berrío (1827-1875). Este ferviente cristiano y conservador de partido legó luego su nombre a la tradicional Plaza Mayor del centro de Medellín. Durante sus nueve años de gobierno (1864-1873) Berrío fomentó la creación de escuelas primarias para niños y niñas hasta el punto de poder recibir en ellas casi la mitad de la población en edad escolar, situación que no era igual en ninguna otra sección de la República. Sin duda, los recursos económicos, en oro primero y en café luego, como se verá un poco más adelante, le permitieron a la región, durante el final del siglo XIX y principios del XX, aparecer por encima de los promedios nacionales colombianos, no sólo en términos de estudiantes, sino también en otros rubros referidos al bienestar social y material que proponía la ideología del “progreso”. Situación de hecho que alimentó con frecuencia los discursos de identidad en Antioquia.

Como lo muestra el Cuadro N. 1, Medellín era la segunda ciudad del país en número de habitantes desde 1870. Su población se diversificaba cada vez más gracias a la dinámica económica que le daban sus comerciantes y políticos y a las creaciones literarias que fueron, algunas de ellas, recopiladas en 1878 por Juan José Molina (1838-1902).⁶ A la ciudad llegaba gente no sólo de sus

⁶ Juan José Molina, *Antioquia literaria*. Medellín: Imprenta Departamental, Ediciones de Autores Antioqueños, 1998, [1878], 3ª edición, 625 p.

alrededores más inmediatos en el Valle de Aburrá sino que también continuaban llegando individuos de otras partes del país y del extranjero. Algunos de estos últimos venían como futuros negociantes o como naturalistas en busca de inventarios sobre la fauna y la flora. Animados por su trabajo escribieron informes y reseñas de sus viajes, sin que dejaran de anotar en ellos las impresiones sobre la población y la cultura.⁷ Otro ejemplo fue el alemán Friedrich Von Schenck, que comparaba en 1880 a Medellín con otras ciudades suramericanas resaltando en sus comentarios la concentración de dinero en la región y el número de familias ricas. Buen observador de las costumbres y de las transformaciones que se sucedían en el momento, declaró que esas familias “llevan una vida, con muy pocas excepciones, que no deja sospechar la riqueza que poseen, generalmente obtenida por el comercio y la minería y menos frecuente por la agricultura y la ganadería”.⁸

Fue así como el alemán Von Schenck reconoció las distintas actividades a las que se dedicaban los habitantes de la ciudad, distinguiendo no sólo las de las élites sino también las de la población en general. Le pareció que los artesanos eran hábiles y trabajaban barato. Para el desarrollo de estos oficios manuales se contaba ya para 1880 con una renovada Escuela de Artes y Oficios, en la cual, constató Von Schenck, “un alemán, el señor Haeussler de Mainz, ocupó varias veces la rectoría (...) y obtuvo grandes éxitos (...) en sus trabajos con los artesanos de Medellín.”⁹

La vida proseguía en la ciudad mientras más “visitantes” seguían llegando a ella, atraídos en especial por su reputación como centro minero. Así, extranjeros y nacionales continuaban narrando luego su encuentro con la vida social de finales del siglo XIX en Medellín. Uno de ellos fue el ingeniero francés Jorge Brisson, quien estuvo al servicio del gobierno colombiano. Sus relatos

⁷ Entre los viajeros que llegaban a Iberoamérica, el historiador sueco Magnus Mörner ha clasificado al menos siete categorías que nos parecen muy acordes para el siglo XIX en Antioquia: 1. Hombres de negocios; 2. Científicos, exploradores y artistas; 3. Militares, marineros y aventureros; 4. Colonos y agentes de colonización; 5. Diplomáticos y otros agentes de colonización; 6. Clérigos y misioneros; 7. Visitantes y familiares de las categorías anteriores. *Ensayos sobre historia latinoamericana*. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar, 1992, pp. 195-196.

⁸ Friederich Von Schenck. *Viajes por Antioquia en el año de 1880*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República, 1953, p.25.

⁹ *Ibid.*, p.25. El alemán al cual se refirió Von Schenck ha sido conocido en la historiografía de Antioquia simplemente como Enrique Haeusler. Éste llegó a Medellín en 1839, construyó por 1846 el puente de Colombia sobre el río Medellín y por 1880 el de “Guayaquil” que se conserva en la actualidad, fundó en 1851 la Sociedad Democrática en compañía del escritor y miembro de la Internacional Socialista Camilo Antonio Echeverri, armó también el piano de la vieja catedral de la Candelaria, fue finalmente un hombre integrado a la vida de Medellín donde se casó y dejó descendencia.



Parque de Berrio, Medellín, 1910, placa de vidrio 18x24 cm. Archivo fotográfico Melitón Rodríguez, Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

dieron cuenta de los diferentes oficios y profesiones existentes en la ciudad a comienzos de la última década del siglo XIX. Como era común en aquellos observadores, Brisson reseñó primero los aspectos físicos generales de la población de Antioquia. Luego, la noción de “raza”, como primera herramienta conceptual, le sirvió para establecer sus apreciaciones: “En general, la población es robusta en estas poblaciones montañosas y de aire puro, la raza es vigorosa, fuerte, ágil, y bastante enérgica, activa y trabajadora, cosa que no es tan común en las razas hispano-americanas, para que pase desapercibida”.¹⁰ Esta forma de pensar los habitantes de una región determinada, en la cual lo físico y lo moral se determinaban, se repitió sin cesar. De igual manera, las comparaciones con otras poblaciones del continente no fueron esporádicas.

Ahora bien, el explorador Jorge Brisson, quien además dejó escritos en términos científicos sobre las selvas del Chocó y Casanare por motivo de sus contratos de trabajo con el gobierno, permite distinguir con cierto detalle el mundo social del Medellín finisecular. Sus viajes por Colombia fueron relatados con sencillez y fechados en forma de diario. Se iniciaron el 19 de septiembre de 1891 y terminaron el 18 de enero de 1896. La parte concerniente a Medellín está integrada en el apartado titulado *Notas antioqueñas*, y comprende los años de 1891 y 1892.

¹⁰ Jorge Brisson, *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1899, p.55.



Calle Bolivia, Medellín hacia 1900, en: Diego Monsalve, *Colombia cafetera*. Medellín, Barcelona: Artes gráficas, 1927. Sala Patrimonial, Biblioteca Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.

La primera observación fue un lugar común en la narrativa de viajes: “Se descubre a Medellín tres horas antes de llegar a él; la ciudad blanca se extiende en un magnífico valle rodeado de montañas lejanas”. A pesar de ser un diario, llama la atención el uso de notas de pie de página, Brisson utilizó información proveniente de los geógrafos Elisée Reclus y Francisco Javier Vergara y Velasco. Después de señalar la existencia de “Universidad, Escuela de Artes y Oficios, de Minería, Museo y Biblioteca pública, Casa de moneda” y demás espacios de mercado y religión, señaló la poca presencia de extranjeros en la ciudad. Distinguió luego en las calles los oficios comerciales más comunes y los que de allí se derivaban como el de los arrieros y vendedores ambulantes, resaltando la existencia de “negras llevando en la cabeza grandes vasijas de leche (la raza negra es muy abundante en Medellín)”. Entre todos sus comentarios, son muy interesantes los que escribió sobre los empleados del comercio y la administración, sobre los médicos, los abogados y profesores, “vestidos a la europea con modas de hace unos treinta o cuarenta años; y muy aficionados a nuestro sombrero de copa, que llevan generalmente grasiento y de forma antigua”. Igualmente, criticó “los militares mal vestidos, desaseados y desabrochados”, y al final, “los Curas, muy abundantes aquí como en todas las ciudades hispano-americanas”.¹¹

¹¹ *Ibíd.*, p.61.

De nuevo, como había pasado con Charles Saffray, un observador extranjero no percibió el movimiento intelectual en la región y aseveró que “la vida es muy seria en Medellín; toda de trabajo y de tráfico, o de familia y doméstica. No hay distracciones, rara vez hay teatro porque pocas Compañías se atreven a hacer viaje tan largo y a alejarse tanto de las costas, a excepción de Bogotá. No hay tampoco lo que se llama propiamente cafés o restaurantes, y el Parque casi siempre está desierto. Hay algunos periódicos; el principal es *El Espectador*, que no se ocupa de otra cosa que de política¹² y de las elecciones presidenciales de diciembre próximo”.¹³ En medio de ese “desierto cultural” al que asistía, Jorge Brisson reconoció la existencia de una biblioteca pública, la del museo de Zea, dirigida por el doctor Manuel Uribe Ángel, quien había publicado en París unos años atrás, en 1885, su importante obra sobre geografía e historia de Antioquia. Asimismo, se sintió sorprendido, y a la vez satisfecho, porque encontró en Medellín varias librerías, aunque no muy abundantes, en las que se alquilaban libros. Brisson admiró, no obstante, al acaudalado comerciante y minero Leocadio María Arango (1831-1918), poseedor de una interesante colección de objetos precolombinos y naturales que venía reuniendo desde hacía 40 años. Colección que fue utilizada por el doctor Andrés Posada Arango, para ilustrar su trabajo sobre los aborígenes de Antioquia y presentarlo a la Sociedad de Antropología de París en 1869, lo que le permitió pasar a ser uno de sus miembros.

Para terminar con el ingeniero francés y sus apreciaciones en el orden de lo cultural, se debe presentar la forma como introdujo un comentario que para 1890 era ya un rumor generalizado en el mundo occidental: Bogotá es la “Atenas suramericana”. Respondiendo quizás a ese hecho, el francés explorador y administrador de minas no percibió las producciones intelectuales en otras ciudades del país. Brisson afirmó con convicción que no creía equivocarse al decir que “entre las Repúblicas hispano-americanas, [Colombia] le ha parecido una de las más inclinadas a las letras. En la clase elevada de Bogotá se encuentra una reunión de escritores y poetas que han estudiado a su patria tanto desde el punto de vista pintoresco de las costumbres en la novela y en el viaje, hasta el más serio y útil de los progresos científicos, políticos, comerciales y agrícolas que se pueden introducir en su economía”.¹⁴ Los ojos del europeo no pudieron ver que para la época, en Medellín, se había producido, y se estaba

¹² En pie de página Brisson agregó: “Yo fundé luego en Medellín un periódico bisemanal, científico, comercial e industrial, titulado *El Ferrocarril*, pero tuvo pocos meses de vida”. Es extraño que Brisson no hiciera mención a todos los periódicos y escritores que existían en ese momento en Medellín, poco antes de que se iniciara lo que el escritor Jorge Alberto Naranjo ha llamado el “Quinquenio de oro” de la literatura, es decir, entre 1895 y 1900.

¹³ Jorge Brisson, op. cit., p.63.

¹⁴ F. Von Schenck, op. cit., p. 69.

produciendo, una buena cantidad de escritos del mismo orden, como se ha anunciado.

Naturalmente, las declaraciones sobre las actividades de la población no provienen sólo de los relatos de viajeros o de las crónicas de antaño. Publicaciones oficiales de la época se esforzaron igualmente en reseñar actividades públicas y en discurrir sobre los habitantes de la ciudad. Algunos eventos comportaron escenarios en el marco urbano para que sus pobladores se mostraran ante la historia y quedaran luego narrados e impresos gracias al apoyo del poder público.

En efecto, en 1875 Medellín cumplió 200 años de reconocimiento como villa independiente después de que en 1675 la Corona española le adjudicara tal categoría, permitiéndole tener un cabildo propio para el manejo de sus asuntos y para el regocijo de sus élites, quienes de inmediato ocuparon los lugares que consideraban naturalmente suyos. Un festejo celebró el aniversario por los espacios y las calles más importantes de la ciudad el 24 de noviembre de 1875 exactamente. Fue un acto en el cual cada quien ocupaba también su puesto: un desfile de la población agrupada en categorías profesionales. En primera instancia marchaban los Vocales del Cabildo de Medellín, el Procurador municipal y “los señores miembros de la Comisión general” nombrada para dirigir la celebración del segundo centenario de la ciudad. Dada esa repartición de funciones, la comisión de notables se encargó de organizar cada detalle “de la manera más espléndida, (...) para perpetua memoria de las generaciones que nos sucedan [y] para estímulo de los medellinenses”, nombrando a su vez una serie de Comisiones especiales.¹⁵

En aquella suprema comisión estaban varios de los principales intelectuales de la ciudad. Uno de ellos era Álvaro Restrepo Eusse (1844-1910), Procurador general y autor de una *Historia de Antioquia* (1903), importante referente de la Academia Antioqueña de Historia durante el siglo XX; estaba luego el médico Manuel Uribe Ángel (1822-1904), escritor de cuentos, novelas, ensayos y de la prestigiosa *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia* [1885], editada en París e ilustrada con láminas litografiadas en Berlín en las que se observan dibujos de objetos prehispánicos, y en la cual “el doctor Uribe había invertido una gran suma de dinero”, regresando de París a Colombia prácticamente arruinado.¹⁶ El tercero de ellos

¹⁵ “Acta del Cabildo de Medellín”, noviembre 24 de 1875, en: Jorge Restrepo Uribe, *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981, p.49. El Estado de Antioquia imprimió el mismo año un folleto del evento: *Celebración del segundo centenario de la fundación de la Villa de Medellín*. Medellín: Imprenta del Estado, 1875, 55 pp.

¹⁶ Eduardo Zuleta. *Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época*. Bogotá: Talleres Mundo al Día, 1937, p.89. El editor en París fue la Imprenta de Victor Goupy y Jourdan y el litógrafo en Berlín se llamó W. Greve.

era Nicolás F. Villa, político vinculado al Congreso de la República en dos ocasiones, como representante (1853) y como senador (1869). La Comisión era por lo tanto una alianza de tres profesionales del humanismo, la literatura, la ciencia y la política. Ellos tenían la sublime tarea de coordinar todo lo necesario para que la ciudad viviera una “fiesta ciudadana, la primera de su especie en el país”,¹⁷ en la que se expresaran “el progreso”, la riqueza, el saber del Estado, las artes, las ciencias y, de esa forma, pudiera recordar que ella es “la cabeza de este cuerpo social [Antioquia] (...) que alimenta la vida y la actividad en todo el país”.¹⁸

Vale la pena resaltar que entre los miembros del Cabildo, el órgano de poder más importante de la localidad, se encontraban varios de los que fueron posteriormente autores de la literatura de la región y de las crónicas de la ciudad, como Emiliano Isaza (1850-1930), quien fue escritor, gramático, pedagogo, miembro de la Real Academia Española y publicó en París una antología de poesía colombiana en dos volúmenes (1895-1896), como Lucrecio Vélez (1850-1925), hombre muy activo en las reuniones intelectuales de la última década del siglo XIX en Medellín, destacándose por su participación en la *Tertulia literaria* (1890), y como Isidoro Isaza (1825-?), el que fundó en 1868 la revista literaria *Oasis* y sirvió de impresor a muchos intelectuales de la época.¹⁹

La Iglesia obviamente no se mantuvo aparte de la celebración y fue así como el Cura de Medellín, el Presbítero José María Gómez Ángel (1824-1896), ofició una misa especial ese domingo 24 de noviembre, en la que dirigió solemne discurso a los señores presentes (no mencionó señoras en su encabezamiento) y al ilustrísimo Señor-Ciudadano Presidente, gobernador del Estado, Recaredo de Villa. El día era verdaderamente glorioso como para no pronunciarse sobre lo que significaba la historia de la ciudad y de la región, y sobre su “progreso y civilización” después de salir de las primitivas selvas. El clérigo en su entusiasmo solicitaba a las gentes que cantaran en todos los tonos “el desarrollo de las ciencias, el progreso de la civilización y el movimiento de las artes”, porque la fecundidad del suelo de la región y la abundancia de sus minas debían llevar a Europa la manifestación de su poder y de sus recursos, siendo “el

¹⁷Manuel Uribe Ángel, “Discurso pronunciado en el atrio de la Catedral después de la procesión del Centenario”. En: Jorge Restrepo Uribe, op. cit., p.53.

¹⁸Mariano Ospina Rodríguez, “El 2° centenario de Medellín”. En: Jorge Restrepo Uribe, op. cit., p.60.

¹⁹Emiliano Isaza escribió además una Gramática de la lengua castellana (1892), El Libro del niño, o Texto de lectura para las escuelas (ilustrado, 1895), revisó y corrigió el Método para aprender a leer, escribir y hablar el francés, de Théodore Simonne (1896), y publicó un año después un Diccionario de conjugación castellana (1897).

Estado de Antioquia, el más poderoso, el más rico, el más moral, el más religioso de todos los Estados de la Unión colombiana”.²⁰

Ese fue un gran día, no sólo para quienes desfilaron, sino también para los oradores, para los responsables de narrar el pasado, para los historiadores. El presbítero Gómez Ángel, el médico Manuel Uribe Ángel y uno de los posteriores relatores de los acontecimientos del segundo centenario, el político conservador Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885), se lucieron haciendo la historia de la ciudad, exaltando “la civilización” que se había inaugurado en aquel valle “bajo los auspicios de la única religión verdadera”, llenando de méritos y lisonjeándose de “la rígida perseverancia de nuestra raza (...) y la honrosa aunque modesta y mediana colocación entre los pueblos cultos de la tierra”, así como describiendo favorablemente aquella Antioquia colonial en donde “el esclavo era tratado con el afectuoso interés con que el pobre labrador suizo cuida su vaca y su ternero”.²¹

Siguiendo con las celebraciones de noviembre de 1875, se debe notar que, terminados los actos, la Corporación municipal dispuso publicar un folleto recogiendo escritos, poesías, comentarios e impresiones de lo que allí había pasado. Dos respetados ciudadanos, versados en política y en letras, describieron detalladamente la larga jornada del cumpleaños de la ciudad, que terminó ya caída la noche frente al balcón de la casa episcopal donde la multitud recibió la bendición del Ilustrísimo Señor Obispo de Medellín monseñor Valerio Antonio Jiménez (1806-1891), después de haber vitoreado a la Religión, al Estado, a Pío IX y al mismo Monseñor.

Uno de los principales ciudadanos y relatores del Bicentenario fue el ex-presidente de la República Mariano Ospina Rodríguez. Aseguró que aquel día se expresó “la regularidad y el orden”, la vivencia, una vez más, de “la espontaneidad con que todas las clases sociales han contribuido” a la historia de la región.²² El otro relator fue el ciudadano Eduardo Villa, quien vio en la

²⁰ José María Gómez Ángel, “Discurso pronunciado por el cura de Medellín en la misa del 24 de noviembre de 1875”. En: Jorge Restrepo Uribe, op. cit., p.50.

²¹ José María Gómez Ángel, Manuel Uribe Ángel y Mariano Ospina Rodríguez. En: Jorge Restrepo Uribe, op. cit., pp. 51, 55 y 58.

²² Se debe recordar que Mariano Ospina Rodríguez, en su artículo Don José Félix de Restrepo y su época (1884), describió la armonía en que supuestamente amo y esclavo trabajaban en las minas de Antioquia en el siglo XVIII. Este hombre, primer presidente de Colombia elegido por sufragio universal en 1857, y derrocado luego por una gran revolución liderada por el liberal Tomas Cipriano de Mosquera (1860), no había nacido en Antioquia, lo hizo en Cundinamarca, pero vivió en la región casi toda su vida y allí dejó descendencia, dos presidentes de la República en el siglo XX (Pedro Nel Ospina Vásquez de 1922 a 1926 y Mariano Ospina Pérez de 1946 a 1950). Dirigió también los asuntos públicos en la región y escribió en los periódicos copiosamente para defender los ideales del partido conservador, exaltar los valores de “los antioqueños” y reaccionar contra su presunto origen judío.

celebración una manifestación, un “concurso numeroso en el cual se veían representadas la religión católica, la educación, el Clero, la Caridad, el Gobierno civil, el Municipal, las Artes, el Comercio, la Ciencia, la Ley, el Ejército y muchas otras cosas de difícil recuerdo y de descripción imposible”.²³ No obstante, lo que interesa para el presente trabajo es la forma como se realizó el festejo mediante una gran procesión cívica, y en ella, la organización de las carrozas que portaban los símbolos de los oficios y las profesiones, la coreografía social que declaraba lo que la élite pensaba de sí misma y de su sociedad, de su pasado y de su porvenir, el riguroso paso que llevó por la ciudad “este grande ejercito de la civilización”, como lo llamó Eduardo Villa. Ambos relatores fueron minuciosos en sus informes. Se debe al menos citar uno de ellos para percibir, por un lado, los diferentes grupos, oficios y profesiones existentes en la vida social de Medellín y, por otro, el imaginario identitario que estuvo configurándose durante el siglo XIX entre los hombres de letras de la región. Véase lo que narró Ospina Rodríguez:

“La procesión la formaba la población distribuida según sus profesiones y las diversas Escuelas y Asociaciones de la ciudad, llevando cada grupo una bandera, más o menos lujosa, caracterizada por algún símbolo o por la inscripción que expresaba la profesión del grupo respectivo. A la cabeza marchaba la bandera de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, conducida por una niña sobre un carro elegantemente aderezado. Seguía luego la Corporación municipal en uniforme. Un carro bien adornado conducía una representación de la parte civilizadora de la conquista española: un niño vestido con el traje español de la época, presentaba a otros dos, que simbolizaban indios salvajes, la Cruz y el Libro, emblemas de la Religión y de la Ciencia. En la parte posterior del carro se veía el escudo de armas de la ciudad, en que se ostenta una torre y sobre ella Nuestra Señora de la Candelaria. Formaban sobre el escudo un pabellón, las banderas de Castilla y de Colombia. Los señores del Cabildo conducían los cordones que pendían del escudo. En pos seguían dos carros simbólicos de la Agricultura: sobre el primero iba una hermosa niña ricamente engalanada y rodeada de los símbolos de la agricultura; el segundo carro contenía, elegantemente dispuestos, los árboles y plantas objeto del cultivo tropical. Venía luego un enorme y elegante carro representando la Minería, con sus máquinas, instrumentos, ricas muestras de minerales y barras de oro y plata. Una comisión numerosa de agricultores seguía los carros de la agricultura; y el Consejo directivo de la ‘Compañía minera de Antioquia’, y una comisión de mineros iba en pos del carro de la minería. Marchaba luego ricamente adornado el carro representativo de las Bellas

²³ Eduardo Villa. “El 2° Centenario de Medellín”. En: Jorge Restrepo Uribe, op. cit., p.65.

Artes; sobre él un gracioso niño representaba a Apolo y una linda niña a una musa, ambos espléndidamente engalanados. La escuela de música de niñas, con su bandera simbólica escoltaba este carro, y detrás de él seguía la ‘Sociedad Filarmónica’.²⁴ Seguidamente marchaba una numerosa comisión representante de todas las Artes industriales, precedida de una colosal y costosa bandera, en que se veían representadas elegantemente las diferentes artes. Independientemente de esta gran comisión, una gran parte de las artes industriales eran representadas por comisiones y banderas especiales. El Comercio, el Foro, la Medicina, figuraban dignamente representados por comisiones numerosas, que conducían ricas banderas. La Instrucción pública ocupaba un grande espacio en la procesión. Aunque la Universidad, la Escuela Normal de varones y varios colegios y escuelas, habiendo entrado en vacaciones después de los exámenes anuales, no aparecían representados, se veían en elegante formación y precedidos por elegantes banderas, el Seminario conciliar, la Escuela Normal de mujeres, los colegios de niñas de ‘San José’, de ‘La Unión’, y el de ‘La Concepción’; el Colegio de niños de ‘La Paz’, dividido en tres secciones con sus respectivas banderas, y las escuelas primera y segunda de niñas, en que se veían copiosamente representadas, en inocentes criaturas, todas las clases de la sociedad, llamando la atención por su modestia y aseo. Cerraban la procesión el señor Obispo y el clero, el Presidente del Estado, sus Secretarios y los empleados del Estado. El Cuerpo de policía, vistosamente uniformado seguía la procesión. Las calles no ofrecían el espacio bastante para contener el concurso; lo que de cuando en cuando embarazaba el movimiento”.²⁵

Aquello fue un verdadero espectáculo colectivo.²⁶ Una legitimación del orden y de las clases sociales, como las llamó Ospina, pero, obviamente, cada

²⁴ Esta compañía tuvo su origen en un joven miembro de la legión británica, el señor Edward Gregory, conocido posteriormente como Eduardo Gregory, quien llegó a la ciudad por 1837 y se integró con gran facilidad entre las élites, especialmente porque les enseñaba música a los miembros más jóvenes, con los cuales organizó bandas y conciertos en las fiestas privadas de algunos de ellos, tal como sucedió en la del comerciante, colonizador de tierras, político y minero Gabriel Echeverri, y en la del impresor, editor, tipógrafo y librero Víctor Gómez. Uno de sus jóvenes músicos alumnos fue Camilo Antonio Echeverri, autor de una de las prosas más combativas del liberalismo colombiano.

²⁵ Mariano Ospina Rodríguez, op. cit., p.61.

²⁶ Los actos conmemorativos en la región se efectuaban con gran pompa, dejando textos e imágenes en las imprentas. Fuera de los mencionados, se encuentran el Centenario de Antioquia, telegramas alusivos a dicha festividad. Medellín: Imprenta Oficial, 1913, en el que se exhortó a “los antioqueños” para que “logren hacer de [Colombia] un estado fuerte y poderoso habitado por una sola raza, conformado por una sola religión y vivificado por el más puro y ardiente patriotismo”. La Sociedad de Mejoras Públicas también publicó un texto ilustrado con fotos e imágenes, como relatos de su existencia gloriosa, que se denominó Medellín el 20 de julio de 1910, con el fin de conmemorar el centenario de la Independencia. La misma Sociedad celebró igualmente un singular aniversario en el que participaron reconocidas figuras

una ocupando su lugar en el conjunto de la ciudad. Villa escribió que “ningún elemento civilizador debía quedar olvidado” porque todos proporcionaban alimento para el cuerpo social. De esa manera, las bellas artes nutrían el espíritu tal como “el arte lírico encanta a las poblaciones” y “el arte industrial las enriquece y sostiene”.²⁷ Medellín y sus grupos dirigentes entendían aquel lenguaje común al ideal progresista del siglo XIX en Occidente y se esforzaban entonces por transmitirlo a toda la población.²⁸ En efecto, por eso se organizaron para contar sus heroicos orígenes, dignificar el proceso de crecimiento que la ciudad venía teniendo durante todo el siglo y permitir a todos un reconocimiento en el orden local.

Ahora bien, aquel día hubo algunos oficios, comunes a muchos pobladores, que no estuvieron representados, piénsese por ejemplo en los arrieros y cargueros que transitaban con tanta frecuencia por los caminos de la región, o en los mineros independientes que se han conocido bajo el nombre de “mazamorreros”, nótese asimismo la ausencia de los sirvientes domésticos y de todos aquellos oficios que la vida diaria solicitaba como las aguateras y las lavanderas, los leñadores y carboneros, y aquellos campesinos que no marchaban al lado de “los ricos agricultores del Estado”, según las palabras de Eduardo Villa, porque ese día, si estaban allí, sólo debían participar como espectadores, o como miembros de esos coros de alabanzas a la religión y a los poderes eclesiásticos, tal como lo narraron los cronistas.²⁹

Pero esas ausencias compaginaban perfectamente con todo el “proyecto civilizador” de las élites. Si no estaban allí era porque no alcanzaban a entrar en la categoría de nobles profesiones. En efecto, había en esos oficios algo que ya representaba un signo de poco “progreso”, de atraso, de barbarie quizás, pues los organizadores estaban bien enterados de los beneficios de la

de los asuntos públicos e importantes escritores del momento en Medellín: *Medellín en el 5º cincuentenario de su fundación. Pasado-Presente-Futuro*. Medellín: 1925. A la Universidad de Antioquia también se le dedicaron varios eventos y escritos, en los cuales se le consideró como el “Alma Mater de la raza” en: *Letras Universitarias*, N. 10, 1948, pp.4-6.

²⁷ Eduardo Villa, op. cit., p.66.

²⁸ Los relatos de los extranjeros tienen innumerables consideraciones de este tipo. Las revistas literarias y de arte también. La *Revue d'Art*, editada en París en 1899 lo señaló claramente: “l'art est nécessaire à la vie d'une démocratie agissante. Il permet seul de compléter l'éducation des citoyens dont il élève l'âme par la compréhension du beau; il s'associe à leur vie de labeur, les repose, les distrait, les encourage ou les excite; il répond aux besoins d'idéal commun à tous les hommes, il défend les intérêts matériels de la nation, inspire, soutient sa vie morale et permet à son génie de trouver en lui sa consécration suprême.” *La Revue d'art*, Vol. 1 (nov. 1899–jan. 1900), p. LXIX.

²⁹ El historiador Roberto Luis Jaramillo ha dicho que los discursos del segundo centenario fueron nutridos, sin advertirlo, por las crónicas de José Antonio Benítez conocidas como el *Carnero de Medellín* (redactadas entre 1797 y 1840). Roberto Luis Jaramillo, “Prólogo”. En: José Antonio Benítez, “El Cojo”, *Carnero de Medellín*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1988, pp. ix-xxvii.

revolución industrial y de los adelantos en las sociedades europeas en cuanto a caminos, transportes y servicios públicos. Justo por esos mismos años (1874) se iniciaron las negociaciones con el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros (1836-1898) para la construcción del Ferrocarril de Antioquia y la expansión de las nuevas riquezas de la región, verdaderos signos del “progreso” a los ojos de los dirigentes y escritores del desfile del segundo centenario de Medellín.



Imagen de la revista ilustrada *Arte*, celebrando la llegada del tren a Medellín en 1914. Biblioteca Universidad de Antioquia, Sala Patrimonial, Medellín.

2. Las fuentes de riqueza

Puede decirse que los principales productores de riqueza en la segunda mitad del siglo XIX en Antioquia fueron, mayoritariamente, mineros y comerciantes. No obstante, en las dos últimas décadas del siglo se destacaron los agricultores, gracias al control, nada pacífico, que llevaron a cabo de nuevas tierras con el fin de impulsar el crecimiento de la caficultura y ampliar así la frontera agraria. Las tierras que fueron siendo colonizadas durante la centuria, en ocasiones por ricos comerciantes o acaudalados personajes y, en muchas otras por campesinos pobres, pasaron a ser objeto de grandes disputas y de una historia que se conoce hoy como “la colonización antioqueña”.

Los primeros, los ricos y acaudalados colonizadores, con el fin de controlar los circuitos que la economía cafetera necesitaba –siembra, transporte, trilla, y exportación del grano–, organizaron compañías agrícolas y se

aliaron con políticos y empleados públicos, jueces y notarios, para obtener títulos de propiedad, permisos y licencias que les permitieran fundar pueblos, abrir caminos y hacer ferrocarriles. Posteriormente, entre 1900 y 1920, entraron en escena nuevos actores: los industriales modernos o empresarios urbanos que establecieron en Medellín las primeras fábricas de textiles, gracias a la importación de maquinaria, comprada con los capitales que durante todo el siglo les había ido proporcionando la minería, el comercio y la agricultura.

Esa especie de economía en escala a través del tiempo no es más que el reflejo de la unidad de las élites de la región, de su acción como grupo, es el producto de los mecanismos utilizados para mantener el predominio de ciertas familias que se reconocían por la pertenencia a “los apellidos distinguidos” y por las parentelas formadas entre grupos de mineros con comerciantes y de estos con agricultores e industriales. El resultado de dichas parentelas presentó grupos más o menos estructurados alrededor de una acción concreta: mantener el poder sobre los mercados y sobre la riqueza. Dicha acción se vio favorecida por los matrimonios y la endogamia predominante en la región, que sirvieron como mecanismos para perpetuar la acción de grupos económicamente poderosos, como se verá enseguida.

Los dueños de capitales importantes a mediados del siglo XIX en la ciudad de Medellín parece que ya se hacían notar no sólo en el reducido ámbito de su perímetro sino también en el contexto nacional. Por lo menos eso se desprende del informe que Carlos Segismundo de Greiff (1793-1870) rindió a la municipalidad en 1852, cuando manifestó que “los grandes capitales reunidos en esta ciudad y aun más la pujante actividad de sus habitantes ha concentrado aquí las transacciones mineras y comerciales de una extensa parte de la República y así la diaria concurrencia de la gente se asemeja a una feria continuada”.³⁰

Ahora bien, lo que sí es seguro es que esa “pujante actividad” no sólo se llevaba a cabo en el marco de la República sino también más allá, “en el resto del mundo”, según escribió el ingeniero y geógrafo italiano Agustín Codazzi, quien también entregó en el mismo año de 1852 a la administración de Medellín, un informe en el que se reflexionaba sobre las rutas que unían esta localidad con el exterior, y se daban opiniones sobre cómo vivían y qué hacían sus habitantes:

“...El hijo de la antigua Antioquia, comparativamente al de las demás secciones de la República, es aquel precisamente que más ha viajado al continente europeo, llevando allá su oro y trayendo toda clase de mercancías; porque es

³⁰ Citado en Javier Piedrahita Echeverri, *Documentos y estudios para la historia de Medellín*. Medellín: Colina, 1984, p.470.

en igual comparación el más dedicado a las especulaciones comerciales; porque es aquel que más se esmera en aumentar su fortuna; porque es aquel también que más profundamente forma nuevas familias, ama la decencia y bienestar de ellas; es trabajador, sobrio, fuerte, robusto, posee inteligencia y ¿por qué pues no tiene una sola vía comercial para comunicarse con el resto de la República?”³¹

En otros términos, se podría decir que no era exactamente “el hijo de la antigua Antioquia” sino los ricos comerciantes de la ciudad quienes controlaban los intercambios económicos por medio de sus viajes a Europa, donde sabían desenvolverse gracias a sus representantes y a la formación intelectual obtenida en el “proceso civilizador” del que eran protagonistas y herederos, pues desde principios del siglo XIX y finales del XVIII, hombres como el filósofo y pedagogo José Félix de Restrepo (1760-1832), el diplomático y contratista de empréstitos Francisco Antonio Zea (1766-1822), el hombre de Estado e historiador José Manuel Restrepo (1781-1863), o algunos clérigos, doctores, ilustrados, mineros y esclavistas como el doctor Sancho Londoño Piedrahita o el doctor Juan Salvador de Villa y Castañeda, transmitieron las “luces” que tanto se defendieron en el transcurso del siglo XIX.³²

Además, los ricos comerciantes de la región, por medio de sus relaciones con la isla de Jamaica en el Caribe, habían ido acumulando experiencias en el comercio internacional desde las primeras décadas después de la Independencia. Se sabe de los contactos y negociaciones, en aquella isla paradisíaca para el comercio ultramarino, entre ingleses y empresarios de Antioquia, como los hermanos Pedro y Julián Vásquez Calle, Gabriel Echeverri, Juan Santamaría

³¹ *Ibid.*, p.471.

³² La información sobre estos sacerdotes proviene del texto de Beatriz Patiño, “Medellín en el siglo XVIII”. En: *Historia de Medellín*, 2 vols. Bogotá: Suramericana, 1996, vol. I, pp.137-165. Patiño se documentó en el Archivo Histórico de Antioquia: “El doctor Sancho Londoño Piedrahita [era] dueño de la cuadrilla de esclavos más grande de la provincia durante el siglo XVIII. Este sacerdote residía en Medellín aunque su familia era una de las más grandes propietarias de tierras de Rionegro y de minas en el Valle de los Osos [territorios cercanos a Medellín al oriente y al norte respectivamente]. El doctor Londoño heredó de sus padres, el corregidor Sancho Londoño y doña Javiera Piedrahita, la mina de oro de San Jacinto de Osos y un gran número de esclavos. Según el censo del Valle de los Osos de 1779, tenía 230 esclavos de los cuales 188 trabajaba en la mina y 42 eran arrieros, pajes y mujeres del servicio doméstico que vivían donde estuviera el doctor. Este sacerdote (...) figuraba entre los doce mineros más ricos de la región. Un caso semejante es el del doctor Juan Salvador de Villa y Castañeda, cura de Medellín entre 1761 y 1795. Este sacerdote heredó de su padre, el español don Toribio de Villa Posada, parte de la mina de Nuestra Señora del Rosario situada en el real de minas de Petacas en los Osos. De acuerdo con el censo del Valle de los Osos, en esa zona tenía 49 esclavos (...) El doctor Villa, como se anotó al hablar de las obras públicas, fue una figura muy importante en Medellín, donde gobernó ‘lo laico y eclesiástico a su arbitrio’”, p.147.

y Juan Uribe Mondragón, todos ellos también mineros y colonizadores en las tierras de la región. Por eso el cónsul comercial de Suecia, Carl August Gosselman, quien estuvo primero por 1826 en Colombia y luego, desde 1836 a 1838 en el Caribe y Sur América, sin dejar de pasar por Medellín y Antioquia, se refirió a “las ínfulas de haber estado en Jamaica” que se daban las élites económicas de la región cuando portadoras de oro, viajaban a la isla para traer las manufacturas y las modas europeas que tanto gusto proporcionaban a sus clientes y amigos.³³

De ahí que esos hombres de negocios, quienes tomaban varios meses para ir de Medellín a Jamaica y constituían en ocasiones testamento a causa de los peligros del viaje, fuesen conocidos en Antioquia como los comerciantes “jamaíquinos”. En esas travesías fueron desarrollando cada vez más sus habilidades en los negocios y aprendiendo a actuar como capitalistas. Prueba de ello fue la organización de sociedades comerciales por los años de 1850, casi siempre entre miembros familiares, para actuar con más racionalidad y más cálculo en el comercio interior y exterior. Varios de los individuos mencionados atrás, y otros miembros de familias acaudaladas de la región, constituyeron legalmente compañías para exportar metales preciosos e importar mercancías, especialmente de Londres y París.

Tales fueron los casos de Marco A. Santamaría & Lalinde, Callejas y Cía., Félix y Recaredo de Villa [este último presidente del Estado de Antioquia en 1875 como se vio antes], Marcelino Restrepo e Hijos, Mariano Uribe & Hijos, Fernando Restrepo e Hijos, Uribe & Díaz, Alejo Santamaría e Hijos. Es más, en el transcurso de la segunda mitad del siglo continuaron abriendo agencias generales de negocios, trabajando como consignatarios y comisionistas, desarrollando prácticas financieras modernas por medio de letras de cambio tanto en el mercado nacional como internacional, creando entidades bancarias que captaban y prestaban capitales representados en oro, en monedas o billetes emitidos por las mismas sociedades y corporaciones comerciales, como ocurrió con la Compañía Minera de Antioquia –la cual se vio desfilando en la procesión cívica de 1875–. Esta entidad conjugaba grandes poderes económicos y financieros: era dueña mayoritaria del *Zancudo*, la mina más productiva de la región en el siglo XIX y emitía billetes que llevaban el retrato de Carlos Coriolano Amador (1835-1919), el millonario afrancesado por excelencia en la segunda mitad del siglo XIX en Colombia.

El auge minero fue tan atractivo y tan alucinante, que los visitantes extranjeros no podían resistirse a la tentación de encontrar por su propia cuenta una mina o realizar algún negocio importante en ese sentido. Por ejemplo, el

³³Luis Fernando Molina Londoño, “La economía local en el siglo XIX”. En: *Historia de Medellín*, Tomo I, pp.201–213.

alemán Friedrich Von Schenck, mientras estuvo en Medellín, realizó permanentes exploraciones en sus alrededores “casi siempre con el fin de conocer minas de oro”.³⁴ Algunos de estos extranjeros se vincularon a la región hasta el final de sus vidas. Para ello, contrajeron matrimonios con mujeres de la región, casi siempre seleccionadas entre las élites, o bien constituyeron sociedades que tenían como fin explorar y explotar los recursos naturales. Un ejemplo de estas agrupaciones entre colombianos y europeos fue la Sociedad Exploradora del Chocó, formada por Manuel Uribe Ángel, Juan Enrique White, Rafael Restrepo Uribe, Nicanor González, Antonio Jesús Uribe, Emilio Reynel, Jorge Brisson, Alejandro Dieu y Carlos Coriolano Amador. Fue creada en 1892 y tuvo como objetivo responder “al proyecto del gobierno de construir un canal interoceánico en el Chocó”.³⁵

Luego, durante las dos primeras décadas del siglo XX, gracias al auge del café colombiano en el mercado internacional, a las favorables condiciones climáticas para la cafcultura y a las herencias monetarias y profesionales que legaron los comerciantes “jamaiquinos”, Antioquia pasó a ser en Colombia la región de mayor producción cafetera. Tal resultado llevó a que las élites económicas se vincularan no sólo a Europa sino también a los Estados Unidos de Norteamérica. Lo lograron abriendo casas de exportación del grano en Nueva York, como la de Alejandro Ángel Londoño y la de los herederos de los hermanos Vásquez Calle: en 1909 se fundó Ángel y Cía. Inc. y en 1914 apareció la casa comisionista Vásquez y Cía. Inc.³⁶

Ahora bien, el anterior apogeo económico de las élites de Antioquia, cuyos miembros habían hecho de Medellín su principal centro de operaciones, intervino para que los discursos de identidad circularan con más facilidad por las principales capitales del mundo occidental. En otras palabras, se podría decir que la expansión económica cafetera de Antioquia continuó realizando y fortaleciendo lo que viajeros europeos e intelectuales colombianos venían haciendo desde tiempo atrás: construyendo un conjunto de imágenes mentales sobre la región y sus pobladores.

Las publicaciones de los diferentes viajeros del Viejo Mundo, al regresar a sus países de origen, no parece que hubieran pasado desapercibidas para el público europeo. Por ejemplo, el mencionado Capitán de la Marina Real Sueca Carl August Gosselman, publicó en Suecia, poco después de retornar, “su gran libro” *Resa i Colombia aren 1825 och 1826* (*Viaje a Colombia en 1825 y*

³⁴ F. Von Schenck, op. cit., p.26.

³⁵ Luis Fernando Molina, *Empresarios colombianos del siglo XIX*. Bogotá: Banco de la República, El Áncora Editores, 1998, p.51.

³⁶ María Mercedes Botero, “Comercio y bancos, 1850-1923”. En: *Historia de Antioquia*. Medellín: Suramericana, 1988, pp. 243-247.

1826), que alcanzó verdadero éxito; en 1830 se publicó una nueva edición sueca, a la vez que otra alemana. En parte la novedad del tema, pero sobre todo el gran talento narrativo y estilístico del autor, explican un éxito que se ha perpetuado hasta hacer del ‘Viaje a Colombia’ un clásico de la literatura sueca de viajes. La Academia sueca ha honrado recientemente la memoria del autor con una medalla conmemorativa”.³⁷ En la década siguiente, el capitán Gosselman fue escogido para una misión de gran envergadura: recorrer el Caribe y Sur América durante 1837 y 1838 con el fin de informar al gobierno de su rey sobre el estado económico de las nuevas repúblicas. Sus informes fueron editados rápidamente, en 1840, sólo pocos meses después del fin de su tarea.³⁸

Por su parte el suizo C. P. Etienne arribó a Medellín en 1864 y permaneció durante 21 años después de que una fuerte simpatía por la ciudad le hiciera tomar la decisión de “m’y fixer définitivement”.³⁹ En 1885 regresó a su país y publicó dos años después sus relatos en Ginebra y en París, sin dejar de hacer recomendaciones a todos los viajeros. De igual manera, Jorge Brisson, el ingeniero del cual ya se ha escrito, llevó a la imprenta antes de que terminara el siglo sus *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*, aunque debió hacerlo en Bogotá obligado por su contrato con el gobierno colombiano.

Llegado el siglo XX, el francés Félix Serret, sobre quien no se tienen otros datos por el momento, estuvo en Colombia de 1911 a 1912. Pocos meses después de su regreso a Francia, la casa editorial de H. Dunot y E. Pinat puso a circular en París su *Voyage en Colombie (1911-1912)*, lo que demuestra una vez más que tanto editores, viajeros y lectores estuvieron bastante interesados en los relatos de exploración. En realidad, el siglo XIX, el siglo de los imperialismos en occidente, fue una época favorable para el desarrollo de la literatura de viajes. En ella predominó el deseo de clasificar los pueblos, describirlos en detalle, estudiarlos científicamente, inventariar sus mercados y conocer sus legislaciones e informar sobre sus habitantes definiendo su grado de “civilización”, “barbarie” o “salvajismo”, haciendo lo posible para describirlos en su singularidad, pero produciendo a la vez enormes dosis de fantasía y romanticismo.

El francés Serret, por ejemplo, sin haber sido aparentemente un enviado en misión científica o diplomática, desde el momento mismo en que entró a

³⁷ Magnus Mörner, “Introducción”. En: Carl A. Gosselman, Informes sobre los estados sudamericanos en los años de 1837 y 1838, [1840]. Estocolmo: Castellón de la Plana, Industrias Gráficas Hijos de F. Armengot, 1962, p. 11, (pp. 7-28).

³⁸ Sobre este asunto relativo a los relatos de viaje de los europeos en el siglo XIX en Iberoamérica existe una amplia bibliografía. Se encuentra en el capítulo 8, “Los relatos de viajeros europeos como fuentes de la historia latinoamericana desde el siglo XVIII hasta 1870”, del libro de Magnus Mörner, ya citado, Ensayos sobre historia latinoamericana.

³⁹ C. P. Etienne, *Nouvelle-Grenade, aperçu général sur la Colombie et récits de voyages en Amérique*. Genève: Impr. De M. Richter, 1887, p.23.

territorio colombiano por el puerto de Buenaventura en el Océano Pacífico, aseguró que “le Colombien, en général, est extrêmement vaniteux et paresseux à l’excès”.⁴⁰ Luego, más hacia el interior del país reconoció otros criterios de valoración, que no necesariamente significaban “la realidad” pero que mostraban los mecanismos de su escritura. Cruzando los Andes colombianos, Serret no pasó por Medellín pero sí por la ciudad de Manizales, reseñada como territorio de Antioquia. Allí declaró que “les commerçants et industriels étrangers, ou simplement originaires d’une autre province de Colombie, sont assez mal vus des Antioquégnos, qui n’admettent pas qu’on vienne leur faire la moindre concurrence. C’est pour quoi vous ne voyez presque pas, en Antioquia, de commerçants du dehors, à l’exception de quelques Syriens ou Napolitains qui, seuls, peuvent y vivre, grâce à leur extrême lésinerie”.⁴¹

Las reflexiones del francés no se interrumpieron allí. Antes de tomar en el puerto de Nare el barco que lo conduciría por el río Magdalena hasta la ciudad de Cartagena, notó que muchos de los comerciantes de Antioquia se habían introducido en el mercado nacional y cómo sus prácticas mostraban un espíritu empresarial que no estaba en desacuerdo con el desarrollo de lo que hoy podríamos llamar “la racionalidad capitalista en Occidente”. Es posible que estos comentarios de F. Serret no hayan sido el resultado de una observación directa, dada su corta estadía, sino más bien el fruto de una serie de representaciones ya comunes entre los colombianos de la época, o quizás el resultado de la lectura de los relatos de viajeros europeos anteriores a él. Sea lo que fuere, lo que importa a la argumentación planteada radica en que allí, en esas narraciones de viaje que se publicaban rápidamente en Europa para un público ávido de lectura, existían una serie de elementos relacionados con lo que aquí se ha denominado el imaginario identitario construido por las élites intelectuales de Antioquia en el siglo XIX. Los textos escritos por los extranjeros y publicados luego en las capitales europeas, ha permitido confirmarlo. Félix Serret proporciona un buen ejemplo:

“Mais si les Antioquégnos ne peuvent souffrir chez eux la présence d’étrangers ou d’autres colombiens, eux, en revanche, ne se font aucun scrupule pour envahir toute la République, se faufiler partout, mettre la main sur les meilleures affaires et les plus avantageux négoce, se faire octroyer toute sorte de monopoles, etc., etc. Leur en faisons-nous un grief ? Non, certes : très prolifiques, très énergiques et de plus remarquablement intelligents, les naturels d’Antioquia, se trouvant à l’étroit dans leur province, ont bien le droit de porter ailleurs leur excès de virilité et leur débordante activité commerciale ; mais ce

⁴⁰ Félix Serret, *Voyage en Colombie (1911-1912)*. Paris: H. Dunod et E. Pinat, 1912, p.30.

⁴¹ *Ibid.*, p.124.

que nous pouvons leur reprocher, c'est leur égoïsme excessif et leur manque d'hospitalité".⁴²

Se tienen otros ejemplos para apreciar un poco mejor el significado que poseía para Europa el mundo americano, sus pueblos y su riqueza representada en sus diversas formas. Quizás el más extraordinario sea el de los suizos O. Fuhrmann y Eug. Mayor. Estos exploradores recolectaron una gran cantidad de objetos variados para llevarlos a una sociedad científica, donde cada uno de sus miembros se encargó de clasificarlos, analizarlos y sacar las conclusiones pertinentes: "Les nombreux et riches matériaux que nous avons récoltés ont été étudiés par une série des spécialistes distingués..."⁴³

La obra se dividió en dos partes: la primera fue dedicada al relato etnográfico de los dos viajeros y la segunda trató en 1089 páginas sobre los trabajos científicos propiamente dichos. Esta última resultó con 35 capítulos en los que se insertaron escritos en francés, alemán e inglés. La primera parte introdujo una foto del Parque Berrío de Medellín donde aparece el almacén de Pastor Restrepo, uno de los más prestigiosos comerciantes de la ciudad. El informe presentó de nuevo una población que "comprend quelques étrangers, des créoles, et surtout des métis e des Indiens; les nègres sont heureusement en assez petit nombre. Le goût inné des Antioquiens pour le commerce, leur habilité dans ce domaine et leur aspect extérieur, semble confirmer la légende prétendant qu'ils descendent des anciennes colonies juives transportées *manu militari* dans le Nouveau Monde après la conquête". Así, ante la comunidad científica europea la región se presentó bajo características sociales y psicológicas relacionadas con las discusiones que se podían encontrar en la literatura identitaria del país. Por eso, la conclusión del informe no olvidó resaltar que "l'Antioquia est de beaucoup la province la plus riche et la plus développée aux points de vue commercial et agricole".⁴⁴

El interés de aquel informe se manifiesta igualmente en las citas que apoyaron el trabajo presentado por uno de los científicos a la Sociedad de Ciencias Naturales de Neuchâtel. El pintor y naturalista Théodore Delachaux, antiguo conservador del Museo Etnográfico de la misma ciudad, escribió un artículo sobre la alfarería antigua de Colombia. Su texto de trece páginas se basó en el informe de los dos exploradores Fuhrmann y Mayor, así como en

⁴² Ibid., pp.124-125.

⁴³ Société des Sciences Naturelles de Neuchâtel, "Voyage d'exploration scientifique en Colombie, avec 732 figures, 34 planches hors texte et deux cartes". En: *Mémoires de la Société neuchâtoise des sciences naturelles*. Neuchâtel: Attinger Frères Editeurs, 1914, p.8.

⁴⁴ O. Fuhrmann y Eug. Mayor. "Quelques mois en Colombie". En: *Voyage d'exploration scientifique en Colombie*. Neuchâtel: Attinger Frères, 1914, p. 42.

los objetos, las fotos y los textos provenientes de Antioquia.⁴⁵ Delachaux hizo especial referencia a la colección de objetos prehispánicos de Leocadio María Arango, uno de los principales empresarios de la ciudad de Medellín.

Miembro importante de la Compañía Minera de Antioquia, Leocadio María se había dedicado no sólo a acumular dinero, también compraba piezas en barro y oro de las antiguas sociedades indígenas. Durante cerca de cincuenta años estuvo recolectándolas y clasificándolas, lo que le sirvió al científico suizo para concluir que las piezas analizadas no son falsas: “il nous semble peu probable qu’un homme tel que M. L. Arango ait collectionné durant près d’un demi-siècle des faux, lui qui se trouve sur place et dans les meilleures conditions possibles pour réunir des objets authentiques”.⁴⁶ La colección de Leocadio María Arango merece un estudio aparte que lo vincule con los hombres de ciencia.



Leocadio María Arango (1831-1918), comerciante y coleccionador de objetos precolombinos, con algunos de sus descendientes, autor sin identificar. Archivo fotográfico, Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

⁴⁵ “Sur la contrée très limitée qui nous occupe, nous n’avons trouvé que les trois travaux suivants: 1. Ernesto Restrepo Tirado, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada* (Bogotá, 1892). 2. Manuel Uribe Ángel, *Geografía general y Compendio histórico de Antioquia en Colombia* (Paris, 1885). 3. *Catálogo del Museo del Sr. Leocadio María Arango de Medellín, Capital del Departamento de Antioquia en la República de Colombia* (Medellín, 1905)”. Théodore Delachaux, “Poteries anciennes de la Colombie”. En: *Voyage d’exploration...*, op. cit., p. 1079.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 1080.

En resumen, la riqueza de las élites de Medellín no sólo sirvió para crear circuitos de orden económico como los que se ocasionaron a través del comercio de oro y café. El dinero de las élites alimentó también los intercambios culturales. Los viajes a Europa, los recorridos por los museos, las visitas a las capitales más importantes del Viejo Mundo o a los lugares sagrados del cristianismo, las gestiones con las editoriales europeas para fundar revistas, publicar libros y crear inventarios de la fauna y la flora americana y otras varias tareas que vincularon las élites de ambos continentes fueron respaldadas en buena parte por la riqueza mencionada.

3. El control de la organización política

En esta perspectiva de análisis de historia regional no es posible pasar por alto el contexto político nacional. Se impone al menos la referencia a las transformaciones que se llevaron a cabo en el país en la década de 1850, conocidas en la historiografía colombiana como las “reformas liberales”. Con ellas se quería eliminar las huellas de las resistentes instituciones coloniales, así como al mismo tiempo se pretendía alcanzar las virtudes de “la civilización” que los proyectos republicanos, románticos y revolucionarios habían puesto en el escenario mundial desde finales del siglo XVIII en Estados Unidos y Europa. En Colombia, en la Nueva Granada para la época, las llamadas reformas liberales lucharon por crear la igualdad definitiva de los ciudadanos al abolir legalmente la esclavitud, por permitirle al Estado controlar el poder de la Iglesia, por eliminar las trabas al libre cambio, y por promover una organización política nacional de tipo federal. La Constitución de 1853 confirmó lo anterior y dio por esa vía una existencia política independiente a las regiones. La organización política federal de Antioquia pudo capitalizar dicha autonomía para generar leyes que legitimaran no sólo los intereses de sus administradores, sino también procesos en la cultura que dieran como resultado élites intelectuales e imaginarios identitarios profundamente influyentes en sus habitantes y en sus maneras de ver el mundo.

La autonomía de los Estados regionales permitió, en el caso de Antioquia, un federalismo que paradójicamente contradujo parte de lo que las mismas reformas liberales pretendían. El mejor ejemplo se concretó en el tipo de relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los conservadores, mayoritarios en la región, tenían gran confianza en la intervención de la institución eclesiástica para regular la vida de los ciudadanos. Les parecía que el matrimonio civil, el divorcio, la educación laica, el control del Estado a la práctica de los clérigos y la libertad de imprenta eran un perjuicio para el desarrollo y el progreso de “la civilización”. Por ello, encontraron en la autonomía federalista el medio adecuado para impulsar sus ideas sobre la organización social.

Fue así como los revolucionarios liberales que se impusieron sobre todo el territorio nacional en los primeros años de la década de 1860, liderados por la polémica figura de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1878), no lograron oponerse a que en Antioquia fuesen los conservadores los que terminaran dirigiendo y controlando los órganos del poder político. A comienzos de 1864, el persistente y combativo Pedro Justo Berrío (1827-1875), en nombre del partido conservador y después de triunfar militarmente sobre el gobernador liberal Pascual Bravo (1838-1864), se puso al frente del Estado soberano de Antioquia que había resultado de la Constitución nacional federal de 1863. En nombre del federalismo prometió obediencia a la unión de la nación pero exigió al mismo tiempo autonomía para gobernar. Esta le fue respetada y le facilitó trabajar mancomunadamente con los jefes de la iglesia católica. El obispo Valerio Antonio Jiménez (1806-1891), a quien ya se encontró presidiendo pontificalmente el festejo de los doscientos años de Medellín, pudo actuar según su católico gusto bajo el gobierno de Berrío. Por eso fundó el Seminario conciliar en 1869, institución que preparó intelectualmente clérigos y laicos, mostrando con ello que tanto la educación de los religiosos como de los seculares se desarrolló bajo la vigilancia del catolicismo.

Fue tan íntima esta relación entre los dos poderes que el Decreto Orgánico nacional de instrucción pública de 1870, cuyo objetivo era mantener separadas las dos instituciones, fue rechazado en Antioquia y se le opuso, en 1871, otro decreto regional que garantizaba la protección del clero en la región y aseguraba sus servicios para la educación de la población. En ese orden de cosas, el obispo Jiménez “organizó el apostolado de los laicos con la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, que tenía como finalidad la formación católica de sus miembros y la colaboración en catequesis, educación y asistencia social, y fomentó las llamadas sociedades católicas que propendían por el adelanto moral, intelectual y material de los municipios”.⁴⁷ Algunos años más tarde, en 1874, el obispo celebró solemnemente el entierro de su gran amigo y ex-gobernador del Estado de Antioquia, el señor Pedro Justo Berrío, como un natural desenlace de la íntima convivencia entre los planes del Estado federal y los de la iglesia católica regional.

Sin embargo, la vida política de la región no pudo mantenerse totalmente aislada de los problemas nacionales. La guerra civil de 1876-77 permitió el regreso de los liberales al gobierno regional aunque ello no significó un enfrentamiento entre los grupos dominantes en Antioquia, pues antes que las diferencias de partido, la comunidad de intereses económicos entre todos sus

⁴⁷ Javier Piedrahita, “Situación política y religiosa en Antioquia, 1868 a 1942”. En: *Historia de Medellín*, op. cit., vol. 2, pp.513-514.

miembros terminaba por calmar los ánimos de guerra y les permitía trabajar juntos. El comerciante liberal Luciano Restrepo, quien aconsejaba a sus hijos que no dejaran entrar los curas a sus casas, gobernó el Estado de Antioquia durante aquellos años de hegemonía liberal (1881-1885). Tanto don Luciano como los demás liberales acaudalados de la ciudad, por ejemplo Estanislao Gómez Barrientos y Tomas Uribe Santamaría, estuvieron convencidos de que para mantener la buena marcha de sus negocios era mejor compartir con los conservadores los poderes públicos.

Basta mirar la composición del Cabildo de Medellín durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, para darse cuenta que entre las élites de la ciudad hubo un cordial entendimiento, siendo apenas levemente interrumpido por las guerras civiles más cruentas. Para ello, se ha tomado del historiador Luis Javier Ortiz la siguiente relación en la que aparecen los nombres, las profesiones y las filiaciones políticas de los hombres públicos –ninguna mujer por supuesto–, miembros de la máxima corporación política de la ciudad:

“En los cincuenta, el Cabildo estuvo compuesto por comerciantes liberales como Alejo Santamaría, Luciano López, Víctor Callejas, Pedro Uribe Fernández, Prospero Restrepo y Luis María Sañudo; por comerciantes conservadores como Castor M. Jaramillo y José María Uribe; por artesanos liberales como Antonio María Rodríguez, Santiago Sanín, José de la Cruz Mondragón y Vicente Villa Rojas; médicos como Sinforiano Hernández, José Manuel Arango y Manuel Vicente de la Roche [de origen francés]; y el constructor de obras públicas Juan José Mora Berrío. En los sesenta, el Cabildo tuvo en su seno comerciantes como Manuel Uribe Santamaría, Pascual Gutiérrez de Lara, Marcelino Posada, Fernando Restrepo y Juan B. Vásquez; el hacendado Alejandro Barrientos; el colonizador Anacleto Velásquez; los médicos José Manuel Arango y Fabricio Uribe; el educador Luciano Carvalho; el artesano Higenio Mondragón, y el abogado Hermenegildo Botero. Para la década de 1870, la situación no había cambiado mucho y la Corporación albergaba personajes de distintas ocupaciones y color político. Allí estaban, mineros, comerciantes y hacendados tales como Julián Vásquez Calle, Carlos Coriolano Amador, Eduardo Vásquez y Gabriel Echeverri; los comerciantes Leocadio María Arango, José María Botero Pardo y Mariano Callejas; el comerciante y negociante de tierras Guillermo Restrepo; los artesanos, -en especial durante el interregno radical 1877-1880- Juan López Álvarez e Isidro Molina; el maestro Víctor Cano; el escritor liberal Lucrecio Vélez; el médico liberal Manuel Uribe Ángel; un contador, Bartolomé Pérez y el abogado liberal Rafael Uribe Uribe. En la década del ochenta, el Concejo Municipal estuvo compuesto entre otros

por comerciantes conservadores como Juan Pablo Arango B., José María Díaz y Emilio Restrepo [Callejas]; el hacendado Alejandro Barrientos; el comerciante liberal Leocadio María Arango; el ingeniero y comerciante conservador Tulio Ospina; el gerente de banco Antonio José Gutiérrez y el escritor Juanario Henao, ambos conservadores. Para los noventa y la primera década del siglo XX, si bien la mayoría de los concejales perteneció al Partido Conservador y dentro de este al Nacionalismo entre 1886 y 1902, para 1904 el Concejo tuvo mayoría liberal y estaba formado por banqueros, comerciantes, artesanos, ingenieros y médicos.

De 1890 a 1910, entre los conservadores que estuvieron en el Concejo se destacaron comerciantes como Luis María Escobar, Enrique Mejía Ochoa, Jesús María Mora, Antonio Echavarría; médicos como Eduardo Zuleta – además maestro y publicista, Baltazar Ochoa y Vespasiano Peláez; el periodista y empresario Mariano Ospina Vásquez; el banquero Emilio Correa V.; el ingeniero Enrique Olarte; el maestro conservador Avelino Saldarriaga; los industriales Nicanor Restrepo R., Alejandro Echavarría y Pascual Gutiérrez Vásquez; el abogado y comerciante Carlos E. Restrepo; el escritor y maestro Julio César García; el abogado Julio E. Botero; el artesano Erasmo Rodríguez. Fueron miembros liberales del Concejo, en el mismo período el médico Tomás Quevedo, el urbanizador Manuel José Álvarez, el ingeniero y colonizador Germán Jaramillo Villa, Carlos y Luis de Greiff, Gabriel Echeverri Villa, Dionisio Lalinde; los comerciantes liberales Ricardo Olano y Alberto Ángel; [los periodistas] don Fidel Cano y Enrique A. Gaviria.⁴⁸

Lista muy interesante para los propósitos de este trabajo. Si se recuerdan los personajes mencionados en las primeras páginas del texto, se verá que muchos de ellos han empezado a repetirse. Por lo menos se ha encontrado una serie de apellidos comunes, que muestran *la existencia de alianzas y redes familiares controlando la producción de bienes, leyes e ideas*. Los miembros de las compañías de comercio, de las casas de exportación, de las sociedades prestamistas se confundían con frecuencia con los hombres de gobierno, y varios de ellos eran también parte de los grupos intelectuales, literarios, científicos y artísticos de la ciudad. Lo que significaba, en otros términos, que las fronteras entre las élites económicas, políticas, sociales y culturales eran bastante imprecisas.

Hombres como Mariano Ospina Rodríguez y Manuel Uribe Ángel, a quienes se les encuentra escribiendo con frecuencia la historia de la región y participando en la expansión de las instituciones culturales y educativas, fueron

⁴⁸ Luis Javier Ortiz, “Medellín, política, cabildo y ciudad, 1850-1910”. En: *Historia de Medellín*, op. cit., pp.190-191.

en distintos momentos gobernantes del Estado federal de Antioquia. El comerciante, colonizador y urbanizador Gabriel Echeverri también lo fue finalizando la primera mitad del siglo XIX. Luciano Restrepo, gobernador en la década de 1880 fue a su vez un ciudadano de negocios y gran fortuna. Después de todo, estos hombres estaban convencidos de que “el proyecto civilizador” debía cubrir la mayor cantidad de aspectos sociales, y para llevarlo a buen fin, era necesario, de acuerdo con la visión que tenían de sí mismos, que el grupo “más apto” lo dirigiera, lo pusiera en práctica y le permitiera generar en la región una fuerte conciencia de identidad.



Élites de Medellín hacia comienzos del siglo XX: artistas, médicos, comerciantes, políticos, poetas y clérigos. Fotos de Melitón Rodríguez, publicidad de Cigarrillos Victoria. Archivo fotográfico, Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

La Universidad de Antioquia fue quizás el lugar en el que se podían observar más claramente las borrosas fronteras entre las élites. En efecto, muchos de los personajes que ejercieron el mando de los asuntos políticos, estuvieron a la vez vinculados con la institución educativa más importante de la región. Tres presidentes de Colombia, el mencionado Mariano Ospina Rodríguez –presidente en la década de 1850–, el escritor Carlos E. Restrepo –presidente entre 1910 y 1914–, y el nieto del primero, Mariano Ospina Pérez –presidente en la década de 1920– fueron profesores de la Universidad. Asimismo, tres gobernadores de Antioquia ejercieron funciones como rectores del centro universitario: Román de Hoyos, Pedro Justo Berrío y Marceliano

Vélez. Para completar el cuadro en el cual élites políticas e intelectuales se confundían, se podría también enunciar el caso de los profesores y a su vez líderes políticos, de los liberales, periodistas y ensayistas Rafael Uribe Uribe y Fidel Cano.

4. Las grandes familias: mapas genealógicos y redes familiares

La genealogía de las familias de las élites de Antioquia ha enseñado que abuelos, padres, nietos y demás descendientes heredaban no sólo los apellidos sino igualmente las profesiones y la riqueza. Los matrimonios llevados a cabo entre familias parientes demostraron el marcado interés por mantener intocables ciertos criterios de distinción social como el dinero y “la raza”. El historiador Pablo Rodríguez lo ha mostrado en su trabajo sobre “El amancebamiento en Medellín, siglos XVIII y XIX”.⁴⁹ Rodríguez plantea que la costumbre hispánica de la dote consolidó los matrimonios entre miembros del mismo grupo familiar. Señaló también que la dote “fue más un mecanismo de alianza y de cohesión de los hacendados, mineros y comerciantes; es decir, de la élite local”.⁵⁰

Las bodas entre parientes constituyeron, en efecto, una práctica endogámica perfectamente reflejada en la cantidad de dispensas eclesiásticas otorgadas a finales del siglo XVIII, fenómeno que se repitió también durante el siglo XIX entre las clases altas de acuerdo con la investigación efectuada por Catalina Reyes: “los matrimonios entre primos, familias allegadas y hermanos de una misma familia con hermanas de otra, fueron frecuentes. Estos matrimonios, que tenían visos de ser arreglados, eran muchas veces el resultado de la atracción entre jóvenes que gracias a la amistad o parentesco de los padres habían crecido juntos y disfrutado de paseos y fiestas familiares desde la infancia”.⁵¹

Asimismo, como lo señaló el historiador Víctor Álvarez, las familias que aparecían asentadas en Medellín a finales del siglo XVIII o comienzos del XIX se vincularon luego a la colonización de tierras por toda la región antioqueña durante el resto del siglo, y, dos o tres generaciones después, sus descendientes volvieron a la ciudad. Regresaron más ricos pero no siempre menos cultos, pues aunque distanciados en las zonas rurales de los centros de educación superior que ofrecía Medellín, intentaban no obstante, mantener los lazos con “la civilización” creando pequeños grupos de hombres de letras, fundando

⁴⁹ Pablo Rodríguez, “El amancebamiento en Medellín, siglos XVIII y XIX”. En: Pablo Rodríguez, editor, *Sedución, amancebamiento y abandono en la Colonia*. Bogotá: Fundación Lola Guberek, 1991.

⁵⁰ Pablo Rodríguez, “El calor de hogar en la vieja Villa de la Candelaria”. En: *Historia de Medellín...*, op. cit., p. 127.

⁵¹ Catalina Reyes, “Vida social y cotidiana en Medellín, 180-1940”. En: *Historia de Medellín ...*, op. cit., p. 437.

periódicos, asociaciones, bibliotecas y demás instituciones similares. Muchos otros, con menor preparación intelectual pero convencidos de estar persiguiendo los mismos ideales que los hombres de las ciudades capitales, retornaban atraídos por el constante auge comercial de Medellín para vincularse a él como banqueros, socios de compañías exportadoras e importadoras, o bien para favorecer el impulso que se le daba a las vías de comunicación y así poder sacar sus productos agrícolas y mineros a los mercados.

Relató Álvarez la historia de dos troncos familiares, muy sobresalientes en la región y en ocasiones en el país, en la cual puede apreciarse este fenómeno de reproducción de las élites y de sus redes familiares por generaciones:

“El caso más conocido es el de la descendencia del doctor Ignacio Uribe, el más eminente abogado al finalizar la época colonial. Dos de sus hijos, Juan y Cristóbal, se vincularon a la colonización del suroeste; el segundo figura como fundador de Fredonia. Tomás Uribe Toro, hijo de Cristóbal, fundó Valparaíso y allí nacieron sus hijos Rafael Uribe [Uribe], el prohombre liberal, y Heraclio que sería fundador de Sevilla en el Valle del Cauca. Rafael volvió a Medellín hacia 1881, donde vivió algún tiempo. Sus hijos Julián y Carlos Uribe Gaviria nacieron en ella a finales del siglo XIX, y cumplieron papel muy importante en la vida de la ciudad durante la primera mitad del siglo.

Otro caso es el de la familia del ilustre genealogista Gabriel Arango Mejía, la cual se remonta al español Antonio de Arango y Valdés, quien llegó a Medellín en el siglo XVII. En 1722, José Eugenio Arango Vélez, nieto del anterior, fue alcalde pedáneo de Rionegro; y un siglo después su descendiente Pedro Pablo Arango Ángel desempeñó la alcaldía de la misma ciudad. El hijo de Pedro Pablo, Gabriel Arango Botero, fue uno de los fundadores de Abejorral, donde nacieron sus hijos Ramón Arango Palacio, vecino de Manizales, y Hermenegildo, padre de don Gabriel Arango Mejía [el reconocido autor de las *Genealogías de Antioquia y Caldas*], también nacido en Abejorral. Desde 1891 Gabriel fue a Medellín a adelantar sus estudios en el colegio de San Ignacio [regido por los jesuitas] y posteriormente se estableció en esta ciudad, donde se encuentra desde entonces la mayor parte de su descendencia”.⁵²

Dos ejemplos de historia familiar en los que se perciben claramente los derroteros históricos de la región y la forma como sus élites se movilizaron para impulsar y usufructuar los avances materiales y culturales, unas veces como funcionarios públicos, otras como fundadores de pueblos en los que se obtenían

⁵² Víctor Álvarez, “Poblamiento y población en el Valle de Aburra y Medellín. 1541-1951”. En: *Historia de Medellín...*, op. cit., p. 77.

importantes concesiones de tierras, o bien, como escritores y promotores de sociedades literarias y científicas por medio de las cuales se vinculaban al mundo y mantenían un importante control sobre el pensamiento de los habitantes de la región.

En consecuencia, se puede considerar que la imagen de Antioquia como una región encerrada en la montaña y desarticulada del mundo exterior es muy cuestionable. Al desarrollo de esa imagen contribuyeron en ocasiones los comentarios de los viajeros europeos, quienes asfixiados por las largas jornadas de camino y convencidos de estar en “lugares lejanos”, a miles de kilómetros de sus centros de origen –y en ocasiones del “mundo”–, terminaban por difundir la idea según la cual aquellos parajes vivían bajo el ritmo del aburrimiento y eran sitios aislados de “la civilización”.

Por ejemplo, Friederich Von Schenck, del cual se sabe ya que estuvo en Medellín varios años durante la década 1880, período con gran producción cultural en la ciudad, terminó diciendo que “el antioqueño –por una rara excepción entre los latinos– es poco dado a los placeres festivos. (...) Las familias viven recogidas y por sí solas, y para el rico habitante de las ciudades, el paseo dominical a caballo hacia su quinta, es casi la única distracción. Las señoras de las clases altas casi nunca se ven, excepto detrás de las ventanas enrejadas, o muy de mañana en la primera misa que jamás pierden”.⁵³ También contribuyeron las apreciaciones de algunos autores nativos, quienes deslumbrados con las edificaciones monumentales de Europa y admirados por la abundante producción cultural del Viejo Mundo llamaban a sus ciudades “capitales del mundo del espíritu”.⁵⁴

En realidad, los miembros de las élites de Medellín tendían a congregarse unos con otros bajo la figura social de las parentelas, que funcionaban como clanes familiares en los cuales se cumplían normas muy precisas de comportamiento, se seguían modales de urbanidad generalmente aprobados por la iglesia católica, se impartían órdenes, por medio de una figura patriarcal que siendo en ocasiones a la vez padre, abuelo y bisabuelo de tres generaciones, indicaba quiénes entraban o salían del grupo, cómo se disponían los recursos para que se invirtieran “adecuadamente” y ofrecía su casa para que las reuniones familiares mantuvieran la unidad necesaria. Un testimonio de lo anterior lo constituyeron las fotos de las familias numerosas con el “par de viejos” en el centro, es decir, con aquella figura patriarcal y su esposa congregando todos los demás miembros de la parentela y formando lo que podría denominarse una familia ampliada.

⁵³ F. Von Schenck, op. cit., p.21.

⁵⁴ José María Samper, *Viajes de un colombiano en Europa*. París: Impr. De Thunot, 1862.



Fernando Restrepo Soto (1819-1899), su esposa Concepción Callejas Echeverri y descendientes. Medellín, foto de Melitón Rodríguez, 1895, Archivo fotográfico, Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

Ahora bien, las parentelas estimulaban igualmente las alianzas matrimoniales “benéficas para el buen nombre de la familia”, es decir, para mantener cierto sentido de distinción social en el que el uso de la levita, la asistencia a bailes y reuniones sociales en las casas de las familias ricas se convertían en los símbolos visibles del “civilizado”; pero las parentelas también incitaban el conocimiento y el manejo de las artes y las letras, porque con ello aquel renovado personaje de “la civilización”, ya lejos de la “barbarie” y del “salvajismo”, ganaba un mayor refinamiento de acuerdo con las ideas decimonónicas. El escritor Lisandro Restrepo (1849-1927) lo mostró bastante bien en el cuento *Las bodas de mi sobrino*. Historia en la que un padre de familia en crisis económica se ve presionado por su familia a prestar dinero con tal de conservar las apariencias: “Puesto que os empeñáis en que a todo trance hemos de asistir a las bodas de mi sobrino, sea como lo deseáis; el sacrificio será grande y las consecuencias terribles; pero nuestra alta posición social y nuestro honor así lo exigen y no hay que vacilar. (...) Iremos pues, a las bodas mencionadas, cueste lo que costare”.⁵⁵

Las relaciones entre diferentes parentelas estuvieron entonces aseguradas por los negocios, los matrimonios y el “proyecto civilizador” de las élites.

⁵⁵Lisandro Restrepo, “Las bodas de mi sobrino”. En: Jorge Alberto Naranjo (compilador), *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Asamblea Departamental, 1995, p.132.

Sin embargo, no se puede perder de vista el papel que jugaron los extranjeros que llegaban a la región. Ya se ha visto que el ingeniero sueco Carlos Segismundo de Greiff y el alemán Enrique Haeusler se vincularon con las élites de Antioquia con gran facilidad y conjugando las tres formas anteriormente mencionadas. Lo propio hicieron algunos otros: tuvieron sociedades de carácter económico, se casaron con “ilustres y distinguidas damas” de las élites o participaron en la construcción de puentes, caminos, escuelas, facultades, periódicos, edificios y demás obras ligadas al ideal de “progreso y civilización”.

De Greiff vino con su esposa desde Suecia, en cambio Haeusler llegó soltero y se casó en un pueblo al oriente de Medellín con Teopista Rincón, una mujer sin mucha “alcurnia”, de acuerdo con los términos del cronista Luis Latorre Mendoza. Tuvo tres hijos y tres hijas, los varones murieron jóvenes sin dejar descendencia, las mujeres se casaron “con tres hombres que han honrado estas montañas”. Uno de ellos fue Teodomiro Villa, un médico que dirigió bastantes años el Manicomio; otro era Luis de Greiff, hijo de padres suecos, con “sangre patricia” en las venas según el cronista, y promotor de la primera revista ilustrada en Medellín a finales del siglo XIX, junto con el tercer hombre que se unió en matrimonio con una de las hijas del alemán Haeusler: Horacio Marino Rodríguez, reconocido por la crónica de la ciudad como “un incansable luchador por el progreso de esta tierra”.

Sangre y “progreso”: ¡una lógica decimonónica que permitió a los tres “varones ilustres” aliarse con Enriqueta, Amalia y Carlota Haeusler, mujeres “admirables por sus dotes de cultura, inteligencia y distinción, y sobre todo, por sus virtudes”, que eran las cualidades femeninas más elogiadas!⁵⁶ Esas nuevas parejas entraban por lo tanto en el circuito de las parentelas, de tal forma que con el apoyo de parientes y amigos fundaran empresas y sociedades, diseñaran edificaciones, urbanizaran la ciudad, pusieran a circular impresos y, con ellos, el conjunto de imágenes mentales con el que construyeron el discurso de identidad. En otras palabras, se puede decir que los anteriores matrimonios demostraron la comunidad de intereses existente entre americanos y europeos y la forma como se establecieron y se relacionaron las parentelas de la región.

En la misma dirección de análisis se debe pensar el capítulo que el cronista Latorre Mendoza dedicó a los “extranjeros benéficos”. Allí relató las acciones de aquellos “benefactores” y destacó en especial sus vínculos matrimoniales. Se ve aparecer al ingeniero inglés Tyrrel Moore (1803-1881), que intervino en asuntos financieros, tecnológicos, administrativos y urbanos en Medellín después de haberse casado con “doña Nepomucena Mejía Lorenzana, de familia ilustre”;

⁵⁶ Luis Latorre Mendoza, *Historia e historias de Medellín*. Medellín: Imprenta Oficial, 1934, pp. 303–306.

al médico venezolano Francisco Antonio Orta, quien también se casó en Medellín con la “distinguida señorita doña María de los Milagros Lince”; se ve igualmente a otro médico de origen inglés, el doctor G. Williamson, quien se ligó en Rionegro con “doña Sebastiana Mejía, de una de las antiguas y consagradas familias de esa hidalga ciudad” y hermana de doña Salomé Mejía, la cual tuvo como esposo “otro caballero inglés: Mr. Edward Nicolls”.⁵⁷

Según el cronista, en 1870 llegaron a Colombia los ingleses Robert y John Henry White, quienes se casaron luego en Medellín con “las muy apreciables señoritas Rosario y Rita Uribe, hermanas entre sí y pertenecientes a procerca familia”. Aquellos matrimonios impulsaron por una parte las relaciones entre los continentes, pues uno de ellos fue en Medellín “el primer cónsul nombrado por el Reino Unido”, y por otra procrearon descendientes que fueron luego catalogados como “titanes para quienes no ha habido obstáculos”. Se han relacionado en las crónicas otros extranjeros europeos como los franceses Adolfo de Bourmont, Pablo de Bedout, Pedro Buhot, los ingleses Carlos Greiffestein, Carlos Jonhson, William Gordon y los españoles Belisario Olózaga e Ignacio Cabo. Todos ellos encontraron esposas entre las élites de Medellín, mujeres de “muy antigua y limpia prosapia”, damas de “las primeras y honorables familias”, “distinguidas señoritas” que fueron para los extranjeros una vía para integrarse a los negocios y al “proyecto civilizador” en Antioquia durante el siglo XIX.⁵⁸

En conclusión, se puede asegurar que los miembros de las élites reforzaron su dominio social por medio de las alianzas matrimoniales tanto con extranjeros de origen europeo, considerados en la época los mejores exponentes de “La Civilización”, como con sus propios parientes en tanto estos consolidaban el sistema de las parentelas, dentro del cual comerciantes, intelectuales y hombres de Estado se apoyaban unos a otros. Por eso los médicos, hombres de ciencia, tuvieron por lo regular esposas de “honorables y distinguidas cualidades”, es decir, mujeres de las élites. Un ejemplo de esa práctica matrimonial fue la boda entre el médico José Vicente Uribe y la señora Leonor Restrepo, hermana del escritor Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo).

5. Centros de educación y de sociabilidad

El Colegio de Antioquia que fue establecido en Medellín por decreto del gobierno nacional en 1822, y en el cual se impartieron clases de gramática española y latina, principios de retórica, filosofía y mineralogía, estuvo cerrado y convertido en cuartel militar en 1830 durante la dictadura de Rafael Urdaneta (1789-1845). Se reabrió por decreto ejecutivo del 26 de diciembre de 1832 con

⁵⁷ Ibid., pp. 301–317.

⁵⁸ Ibid., p. 307.

el nombre de Colegio Académico, pero sólo para efectuar estudios de Jurisprudencia. En 1834 se pidió al gobierno central la autorización para abrir estudios de Medicina, pero fue negada. Luego, los jesuitas estuvieron encargados del Colegio de 1844 a 1846. Más tarde, en la década de 1850, la Legislatura de Antioquia expidió varias leyes educativas que dieron a la institución más solidez. Parte de esa legislación fueron los decretos que fijaron los currículos y nombraron los profesores. El 5 de diciembre de 1857 se expidió finalmente una ley orgánica de la enseñanza secundaria y profesional para Antioquia. Con ella se permitió la entrega de títulos de licenciados y doctores en Jurisprudencia, Medicina e Ingeniería Civil.

En 1871, por decreto especial, el Colegio adquirió el carácter de Universidad y mantuvo en su seno la Escuela de Artes y Oficios, el jardín Botánico y de Aclimatación de Plantas y la Biblioteca del Estado. Tuvo entonces así seis escuelas: Literatura y Filosofía, Ingeniería, Ciencias Físicas y Naturales, Jurisprudencia y Ciencias Políticas, Medicina y Artes y Oficios. Hasta 1884 funcionó en el edificio que se construyó desde 1803 para convento y colegio de los franciscanos, quienes después de la Independencia tuvieron que salir del país por órdenes del gobierno. Pasada la revolución triunfante de los conservadores de 1885, ese local fue destinado al colegio de San Ignacio de Loyola y la Universidad pasó al que estaba en construcción para la Escuela de Minas. El anterior recuento de la principal institución universitaria de Medellín durante el siglo XIX, permite apreciar el interés por dotar a la ciudad de un centro de estudios en el cual se formaran los hombres vinculados con la literatura, la ciencia, la política y el arte.⁵⁹

En efecto, antes de la década de 1870 los jóvenes de Medellín que querían continuar sus estudios en secundaria o seguir una formación intelectual profesional, debían pelearse los pocos puestos que ofrecía el Colegio del Estado. Si no obtenían alguno, estaban obligados a viajar a otros poblados de la región para realizar estudios secundarios, o trasladarse a Bogotá para presentar los exámenes y obtener el título universitario, como le sucedió al médico Andrés Posada Arango en la década de 1850, o efectuar allí, en la capital del país, todos sus estudios superiores como lo hizo el poeta y juriconsulto Gregorio Gutiérrez González por los años de 1840.

Ahora bien, el cambio que efectuó en 1871 la institución, pasando de Colegio del Estado a Universidad de Antioquia, tuvo que ver con el nuevo contexto de relaciones con el mundo que los hombres de letras estaban introduciendo en la región. En efecto, aunque fue la única institución que ofreció estudios superiores hasta 1886 cuando se creó la Escuela Nacional de Minas, su

⁵⁹ Javier Piedrahita Echeverri, *Documentos y estudios para la historia de Medellín*, p. 488.

papel en la formación de profesionales e intelectuales fue garantizado por el ideal de “progreso y civilización” que se expandió por los continentes, el cual, a su vez, permitió la realización de viajes y publicaciones, la creación de sociedades científicas y literarias, el establecimiento de amistades y redes de sociabilidad entre los hombres de Medellín y muchos otros ubicados en distintas ciudades del mundo occidental. La mencionada Escuela de Minas, orientada a la formación de ingenieros, abrió todavía más el movimiento de las élites intelectuales de Antioquia hacia el intercambio cultural con Occidente, pues muchos de ellos centraron sus contactos en Estados Unidos.

Es importante tener en cuenta que la expansión del sistema educativo no se restringió únicamente a la región de Antioquia, asimismo en otras ciudades del país se fundaron instituciones y se impulsaron los contactos con Europa. De allí que el historiador Luis Javier Villegas diga que “durante el período en el cual Berrío gobierna el Estado de Antioquia [1864-1873], también los gobiernos de la Unión dan especial importancia a la educación, como lo indica la sola enumeración de estos hechos: en 1867 es creada la Universidad Nacional; en 1870 es expedido el Decreto Orgánico de Instrucción Pública, y al año siguiente se crean las escuelas normales de la Nación en los 9 estados, dirigidas por pedagogos alemanes”.⁶⁰

Estos miembros de la misión pedagógica alemana fueron nueve y cada uno de ellos se encargó de la organización del sistema educativo en los Estados soberanos de la República. Se tiene cierta información sobre aquellos profesores de Alemania, pero siguen siendo precarios los datos que permitan seguir con más detalle la pista a cada uno de ellos. Veamos la referencia de los instructores germanos con sus nombres y lugares de trabajo:

- | | |
|------------------------|-----------------------|
| 1. Gotthold WEISS : | Antioquia. |
| 2. Julio WALLNER : | Bolívar. |
| 3. Ernesto KOTSCHICK : | Boyacá. |
| 3. Augusto PANKOU : | Cauca. |
| 4. Alberto BLUME : | Cundinamarca. |
| 5. Carlos MEISEL : | Magdalena. |
| 6. Ofrald WIRSING : | Panamá. |
| 7. Carlos UTTERMANN : | Santander. |
| 8. Gustavo RADLACK : | Tolima. ⁶¹ |

⁶⁰ Luis Javier Villegas, *Aspectos de la Educación en Antioquia durante el gobierno de Pedro Justo Berrío*, 1864-1873. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1991, p. 14.

⁶¹ Horacio Rodríguez Plata, *La inmigración alemana al Estado soberano de Santander en el siglo XIX*. Bogotá: Kelly, 1968, p. 142. Se sigue en la búsqueda de más información sobre estos señores. Se sabe que algunos de ellos tuvieron problemas por su filiación espiritual con

A su vez, las comunidades religiosas de origen extranjero encontraron a partir del esfuerzo educativo de Pedro Justo Berrío entre 1864 y 1873 y en el espíritu religioso de las élites de la región, una excelente oportunidad para poner en marcha sus proyectos de formación intelectual. Así, en 1876 ingresaron las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen de Tours para dedicarse a la caridad, la enseñanza y las misiones. En 1885 la Compañía de Jesús regresó a la región después de que había estado sólo por seis años, entre 1844 y 1850, cuando en esta última fecha fue expulsada por el presidente liberal José Hilario López (1798-1869). Los Hermanos Cristianos también llegaron antes de finalizar el siglo XIX para promover la educación de pobres y ricos, en escuelas gratuitas y en el Colegio de San José. En 1889, la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad y del Buen Pastor, proveniente de Francia, se comprometió con una labor para la reeducación de “mujeres caídas” –prostitutas y delincuentes– a través de la Escuela de Artes y Oficios Femeninos.

Seis años después, los Franciscanos se instalaron de nuevo en Antioquia para encargarse de la Capilla de San Benito; ya lo habían estado cuando participaron en 1803 en la creación del Colegio que fue luego Universidad. En el último año del siglo estaba en Medellín la Compañía de María o las Religiosas de la Enseñanza, también de origen francés, con el fin exclusivo de educar la población femenina de la clase alta. En ese momento, aunque el país vivía la más larga y cruenta de las guerras civiles del siglo XIX (la Guerra de los Mil Días entre liberales y conservadores), la Constitución católica de 1886 y el Concordato de 1887 seguían dando más incentivos al ingreso de comunidades religiosas para impulsar la formación intelectual de los jóvenes de ambos sexos. Por ello, los Salesianos, provenientes de Italia, también se empezaron a destacar desde 1906 con la Congregación de Hijas de María y la Pía Sociedad Salesiana, para mujeres y hombres respectivamente. De esa manera, las élites, aunque también la población en general, pudieron dinamizar aun más los procesos formativos de sus miembros. A pesar de los esfuerzos privados y

el protestantismo, como le sucedió a Gotthold Weiss en Antioquia, pues el Estado federal ordenó finalmente que fuera reemplazado por otros dos alemanes practicantes del catolicismo: los pedagogos Cristian Siegert y Gustav Bothe. El primero se radicó en Medellín definitivamente y hoy cuenta con descendencia, el segundo regresó a su país de origen después de cumplir sus funciones. Agapito Betancur escribió que “Siegert, de 31 años, fue oriundo de la provincia de Brandenburgo, estudió en los Gimnasios de Berlín y de Rostck y en la Universidad de Jena, profesor en varias casas nobles y en Gimnasios Alemanes, luchó con brío en la guerra franco-prusiana, hablaba el alemán, el inglés, el francés, el italiano, el latín, el griego y el hebreo, fue aquí [en Medellín] profesor de idiomas en el Colegio de Martínez & Herrán en 1877 y 1878 y contrajo matrimonio en 1873 con doña Elisa Callejas, notable dama medellinense”. Agapito Betancur, “La educación en Medellín en el pasado” [1a edición en 1925]. En: *Sociedad de Mejoras Públicas, Medellín ciudad tricentenario, 1675-1975*. Medellín: S.M.P., 1975, p. 184.

públicos para la expansión de escuelas de primeras letras y colegios de educación secundaria, no se logró eliminar el analfabetismo: el promedio nacional era en 1910 el 73% y en Antioquia el 61%.⁶²

Ahora bien, la visión de conjunto sobre los intelectuales de Medellín en el siglo XIX, presentada en este trabajo, ha permitido entender que las diversas élites de la ciudad y la región terminaron poniendo tanto ahínco en el desarrollo de los centros de educación y en la creación permanente de revistas y de grupos amantes de la literatura, del arte y de la ciencia, porque con ello impulsaban lo que aquí se ha denominado el “proyecto civilizador”, definían los trazos del discurso de identidad, aseguraban de una vez el control de las principales instituciones de poder político y valorizaban sus propiedades. Tal vez eso explique mejor por qué, hacia 1865, el rico comerciante liberal Marcelino Restrepo efectuó con la administración de la ciudad un contrato de venta de una de sus casas, para que fuera convertida en escuela de niñas. Luego llevó a cabo un gesto “generoso”: condonó la mitad de la deuda con el fin de servir así “a la educación del bello sexo”. Poco tiempo después, el Cabildo aprobó la compra de una nueva casa para la segunda escuela de jovencitas y una más para la educación de los niños, propiedades vendidas por boyantes comerciantes de la ciudad.⁶³

El apoyo dado a las comunidades religiosas que se vincularon a la educación privada de la clase alta se concretó con el envío constante de los jóvenes de las élites a las nuevas aulas. Para favorecer ese movimiento las comunidades propusieron a sus clientes un plan con cuatro sistemas de inscripción. Ese plan dio como resultado la conformación de grupos de estudiantes “externos”, “seminternos”, “internos” y “requinternos”. Según el cronista Agapito Betancur “sólo tenían las internas dos salidas al año, una voluntaria en junio y otra obligatoria en las vacaciones de diciembre”.⁶⁴ Los alumnos requinternos no podían salir ni siquiera en navidad. Estos fueron sistemas de educación que tuvieron en su momento acogida importante en tanto las comunidades religiosas recomendaban a los padres el envío de sus hijos a los internados, con el fin de “mejorar su disciplina y su moral”.

No todo era, empero, encierro y vigilancia absoluta. El funcionamiento de la Universidad de Antioquia permitió la circulación de ideas que fueron controladas parcialmente por los miembros de la iglesia. En efecto, paralelamente a los cursos de ciencia, filosofía, historia, política y otros más de carácter

⁶² *Boletín de estadística*, dirigido por Jorge Rodríguez, Vol. III, N. 17, Medellín, Imprenta Oficial, 1920, p.32.

⁶³ *Boletín oficial*, no. 88 (abril 3) y no. 128 (octubre 30) de 1865. Citado por Luis Javier Villegas, “Educación en Medellín: 1786-1886”. En: *Historia de Medellín...*, op. cit., pp. 272-273.

⁶⁴ Agapito Betancur, op. cit., p. 178.

laico se mantenía la presencia del curso de religión, sin que por ello se pudiera evitar la difusión de los conocimientos que entraban en contradicción con las ideas de la iglesia católica. Así por ejemplo, en 1916, cuando el escritor y médico Eduardo Zuleta dirigía la Escuela de Agricultura Tropical y Veterinaria, el programa de estudios incluía ciencias, dibujo, religión, agricultura, zootecnia y demás materias relativas al manejo de los animales y las plantas. Se podría decir que las élites de la región se cuidaron mutuamente, que entre ellas hubo acuerdos tácitos que les permitieron actuar sin grandes conflictos. En realidad, durante las dos primeras décadas del siglo XX, liberales y conservadores prefirieron disimular sus divergencias filosóficas y políticas pues de esa manera permitían el desarrollo de sus empresas económicas, impulsaban el “proyecto civilizador” y construían la imagen de “la raza antioqueña” emprendedora y democrática.

En ese proceso, poetas, científicos, ensayistas, hombres de Estado y artistas entrecruzaban sus campos de producción intelectual. Prueba de ello fue la conformación de grupos literarios compuestos por intelectuales polifacéticos y cosmopolitas, la creación de revistas dedicadas a la ciencia, la literatura y las artes, la aparición de periódicos que como *El Heraldo* [1868] se intituló: *periódico político, religioso, literario, noticioso y de ciencias, industria, comercio, estadística, costumbres y variedades*.⁶⁵ En otras palabras, se puede decir que aquellos intelectuales decimonónicos no tenían restricciones disciplinarias infranqueables. Por eso, un día podían actuar como poetas, al siguiente como ingenieros, luego vestirse para discutir en la tribuna política o involucrarse en las artes, en las “ciencias de la imaginación”, como críticos o como amantes de lo “Bello”.

Ese carácter heterogéneo y complejo del intelectual del siglo XIX no debe desestimarse. Aunque se puedan separar ciertos grupos de producción intelectual, más por motivos de orden metodológico que por la realidad de las circunstancias de la época estudiada, no por ello es válido mostrarlos aislados unos de otros, pues tuvieron muchos puntos de convergencia: los lugares de sociabilidad, es decir, la institución educativa, los clubes de amigos, las tertulias literarias, las guerras civiles, la tribuna política, el espacio público donde se homenajeaban unos a otros, las ciudades de encuentro como París, Londres, Madrid o Roma, las imprentas donde publicaban sus textos, las revistas que canjeaban, los concursos literarios y artísticos, las cartas que se cruzaban; en fin, todo el sistema de encuentros que el ideal de “progreso y civilización” fue generando.

⁶⁵ *El Heraldo, periódico político, religioso, literario, noticioso y de ciencias, industria, comercio, estadística, costumbres y variedades*, No. 1, Medellín: noviembre 3 de 1868. Redactor: Néstor Castro. Salió de la Imprenta del Estado. Semanal.



El comerciante y colonizador de tierras Gabriel Echeverri en la portada de una revista de literatura, artes y ciencias, El Montañés, Enero de 1899, N.14, Biblioteca del autor, Medellín.

En el recorrido investigativo se han hallado interesantes diccionarios biográficos: herramientas de trabajo con las que se intenta reconstituir el tejido social y cultural en el cual se movían los intelectuales decimonónicos. En efecto, los diccionarios y las listas de “varones ilustres”, las biografías de “la raza” han sido útiles, pero ha sido necesario sobrepasarlas, pues ese ejercicio de taxonomía ofrece solamente una perspectiva insular que corta los lazos existentes entre aquellos hombres de letras, de palabras elocuentes, de narraciones científicas, de pinceles, cámaras y batutas, y termina presenta un escenario para la glorificación de “héroes nunca suficientemente ponderados”.

La mirada general y de conjunto que se ha realizado en este estudio, ha pretendido introducir el movimiento complejo de intercambios culturales entre las élites. Dicho movimiento ha estado garantizado por dos hilos conductores: el “proyecto civilizador” y el imaginario identitario que las élites intelectuales construyeron de sí mismas y de su región. En efecto, la convicción de pertenecer a una cultura singular, a un pueblo ejemplar en el territorio nacional, a una “raza superior”, en ocasiones pensada como descendiente de españoles

y en otras dotada de “lo mejor del mestizaje”, produjo prácticas de sociabilidad y construyó escenarios urbanos en los que las élites y la población en general han estado viviendo su transición a la modernidad.

Transición dolorosa, pues, más entrado el siglo XX, provocó los relatos de la nostalgia, como el poema *Siquiera se murieron los abuelos* de Jorge Robledo Ortiz (1917-1990), considerado en la región como el “poeta de la raza”,⁶⁶ o incitó los ruegos de algunos modernos críticos de la literatura, para quienes la cuestión de los orígenes raciales permanecía como una garantía de un futuro menos incierto: “Quiera el cielo que no perdamos nunca los grandes principios orientadores de la raza, y que la claridad latina, a cuya permanencia ha contribuido Francia con los eternos lumineros de su espíritu, nos guíen en medio de las tinieblas que acaso se aproximan”.⁶⁷ Corría la mitad del siglo XX y quien hablaba era Rafael Maya (1898-1980), considerado un crítico moderno y perspicaz no pudo obviar las referencias a los conceptos decimonónicos. Éstos se resistían a desaparecer del lenguaje intelectual, en particular el concepto de “raza”.

⁶⁶ “Hubo una Antioquia grande y altanera / Un pueblo de hombres libres. / Una raza que odiaba las cadenas / Y en las noches de sillex, / Ahorcaba los luceros y las penas / De las cuerdas de un tiple. / Siquiera se murieron los abuelos / Sin ver cómo se mellan los perfiles. / Hubo una Antioquia sin genuflexiones, / Sin fondos ni declives. / Una raza con alma de bandera, / Y grito de clarines. / Un pueblo que miraba a las estrellas / Buscando sus raíces. / Siquiera se murieron los abuelos / Sin ver cómo afemina la molicie. / Hubo una Antioquia en que las charreteras / Brillaban menos que los paladines. / Una tierra en que el canto de la cuna / Adormecía también los fusiles. / Una raza con sangre entre las venas / Pero sin sangre niña en los botines. / Siquiera se murieron los abuelos / Sin ver los cascos sobre los jazmines. / Hubo una Antioquia en que las hachas eran / Blasones de la estirpe. / Una tierra de granos y espigas, / De cantos y repiques. / Una Antioquia de azules madrugadas / Y tardes apacibles. / Siquiera se murieron los abuelos / Sin sospechar del vergonzoso eclipse. / Hubo una Antioquia en que la Cruz de Cristo / Llenaba el corazón de los humildes, / Una tierra en que el pan era sin llanto, / Y el calor de hogar sin cicatrices. / Siquiera se murieron los abuelos / Frente a la dulce paz de los trapiches. / Hubo una Antioquia donde la esperanza / Medía su estatura en las raíces. / Una raza de hombres que ignoraban / La blanda sumisión de los rediles. / Un pueblo de Patriarcas / Con poder en la voz, no en los fusiles. / Siquiera se murieron los abuelos / Sin ver la omnipotencia de los alfiles. / Hubo una Antioquia de mineros fuertes, / De arrieros invencibles, / De músculos que alzaban el futuro / Como vara de mimbre. / Una raza enfrentada a la montaña / Con tesón de arrecife. / Siquiera se murieron los abuelos / Sin la sensualidad de los cojines. / Hubo una Antioquia donde la alegría / Retozaba en los ojos infantiles. / Un pueblo que creía en las campanas / De las torres humildes / Y respetaba el grito de la sangre / Y la virginidad de los aljibes. / Siquiera se murieron los abuelos / Creyendo en la blancura de los cisnes. / Hubo una Antioquia de himnos verticales, / De azadas y clarines. / Un pueblo que veía en las estrellas / Dorados espolines, / Y le rezaba a Dios, mientras la luna / Templaba la nostalgia de los tiples. / Siquiera se murieron los abuelos / Con esa muerte elemental y simple.”

⁶⁷ Rafael Maya. “Francia en la literatura colombiana”, lectura hecha por el autor en la sala de conferencias de la Alianza Colombo-Francesa, el día 27 de mayo de 1953. En: *Estampas de ayer y retratos de hoy*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la revista Bolívar, Editorial Kelly, 1954, p. 435, 453pp.



Librería Restrepo, almacén y centro de sociabilidad en la ciudad fundado en 1903 por Carlos E. Restrepo. En la foto, el hombre de negocios Jorge Escobar Chavarriaga, posterior director de Librería Restrepo. *Revista de bibliografía y comercio*, Biblioteca Nacional de Colombia, Hemeroteca, Bogotá.

Bibliografía

- Álvarez, Víctor. “Poblamiento y población en el Valle de Aburrá y Medellín. 1541-1951”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Arango, Leocadio. Catálogo del Museo del Sr. Leocadio María Arango de Medellín Capital del Departamento de Antioquia en la República de Colombia. Medellín: 1905.
- Benítez, José Antonio. *Carnero de Medellín*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1988.
- Betancur, Agapito. « La educación en Medellín en el pasado », [1ª edición en 1925], en: Sociedad de Mejoras Públicas, *Medellín ciudad tricentennial, 1675-1975*. Medellín: S.M.P., 1975.
- Botero, María Mercedes. “Comercio y bancos, 1850-1923”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Antioquia*. Medellín: Suramericana, 1988.

- Brisson, Jorge. *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1899.
- Delachaux, Théodore. “Poteries anciennes de la Colombie”. En : *Mémoires de la Société neuchâtoise des sciences naturelles*. Neuchâtel: Attinger Frères Editeurs, 1914.
- Estado de Antioquia. Celebración del segundo centenario de la fundación de la Villa de Medellín. Medellín: Imprenta del Estado, 1875.
- El Heraldo, periódico político, religioso, literario, noticioso y de ciencias, industria, comercio, estadística, costumbres y variedades*. Medellín: 1868.
- Etienne, C. P. Nouvelle-Grenade, aperçu général sur la Colombie et récits de voyages en Amérique. Genève: impr. De M. Richter, 1887.
- Fuhrmann, O. y Mayor, Eug. “Quelques mois en Colombie”. En : *Voyage d'exploration scientifique en Colombie*. Neuchâtel: Attinger Frères, 1914.
- Gobierno de Antioquia. Centenario de Antioquia, telegramas alusivos a dicha festividad. Medellín: Imprenta Oficial, 1913.
- Gómez Ángel, José María. “Discurso pronunciado por el cura de Medellín en la misa del 24 de noviembre de 1875”. En: Jorge Restrepo Uribe, *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.
- Gosselman, Carl A. *Informes sobre los estados sudamericanos en los años de 1837 y 1838, [1840]*. Estocolmo: Castellón de la Plana, Industrias Gráficas Hijos de F. Armengot, 1962.
- Jaramillo, Roberto Luis. “Prólogo”. En: José Antonio Benítez, “El Cojo”, *Carnero de Medellín*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1988.
- La Revue d'Art*. Paris: 1899.
- Latorre Mendoza, Luis. *Historia e historias de Medellín*. Medellín: Imprenta Oficial, 1934.
- Letras Universitarias*. Medellín: 1948.
- Maya, Rafael. “Francia en la literatura colombiana”. En: *Estampas de ayer y retratos de hoy*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Editorial Kelly, 1954.
- Molina Londoño, Luis Fernando. *Empresarios colombianos del siglo XIX*. Bogotá: Banco de la República, El Áncora Editores, 1998.
- _____. “La economía local en el siglo XIX”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Medellín: Suramericana, 1996.
- Molina, Juan José. *Antioquia literaria, [1878]*, 3ª edición. Medellín: Imprenta Departamental, Ediciones de Autores Antioqueños, 1998.
- Mörner, Magnus. “Introducción”. En: Carl A. Gosselman, *Informes sobre los estados sudamericanos en los años de 1837 y 1838, [1840]*. Estocolmo: Castellón de la Plana, Industrias Gráficas Hijos de F. Armengot, 1962.
- _____. *Ensayos sobre historia latinoamericana*. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar, 1992.
- Ortiz, Luis Javier. “Medellín, política, cabildo y ciudad, 1850-1910”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Ospina Rodríguez, Mariano. “El 2º centenario de Medellín”. En: Jorge Restrepo Uribe, *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.

- _____. “Don José Félix de Restrepo y su época” [1884]. En: *Escritos sobre economía y política*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969.
- Patiño, Beatriz. “Medellín en el siglo XVIII”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Piedrahita Echeverri, Javier. *Documentos y estudios para la historia de Medellín*. Medellín, Colina, 1984.
- _____. “Situación política y religiosa en Antioquia, 1868 a 1942”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Restrepo Tirado, Ernesto. Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada. Bogotá: Imprenta de La Luz, 1892.
- Restrepo Uribe, Jorge. *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.
- Restrepo, Lisandro. “Las bodas de mi sobrino”. En: Jorge Alberto Naranjo (compilador), *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Asamblea Departamental, 1995.
- Reyes, Catalina. “Vida social y cotidiana en Medellín, 180-1940”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- Rodríguez Plata, Horacio. La inmigración alemana al Estado soberano de Santander en el siglo XIX. Bogotá: Editorial Kelly, 1968.
- Rodríguez, Jorge. *Boletín de estadística*, Vol. III, N. 17. Medellín: Imprenta Oficial, 1920.
- Rodríguez, Pablo. “El calor de hogar en la vieja Villa de la Candelaria”. En: Jorge Orlando Melo (editor), *Historia de Medellín*. Bogotá: Suramericana, 1996.
- _____. “El amancebamiento en Medellín, siglos XVIII y XIX”. En: *Seducción, amancebamiento y abandono en la Colonia*. Bogotá: Fundación Lola Guberek, 1991.
- Saffray, Charles. *Viaje a Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948.
- Samper, José María. *Viajes de un colombiano en Europa*. París: Impr. De Thunot, 1862.
- Serret, Félix. *Voyage en Colombie (1911-1912)*. Paris: H. Dunod et E. Pinat, 1912.
- Sociedad de Mejoras Públicas. *Medellín el 20 de julio de 1910*. Medellín: S.M.P., 1910.
- _____. Medellín en el 5° cincuentenario de su fundación. Pasado-Presente-Futuro. Medellín: S.M.P., 1925.
- Société des Sciences Naturelles de Neuchâtel. “Voyage d’exploration scientifique en Colombie, avec 732 figures, 34 planches hors texte et deux cartes”. En: *Mémoires de la Société neuchâtoise des sciences naturelles*. Neuchâtel: Attinger Frères Editeurs, 1914.
- Uribe Ángel, Manuel. “Discurso pronunciado en el atrio de la Catedral después de la procesión del Centenario”. En: Jorge Restrepo Uribe, *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.
- _____. *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*. Paris: Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan, 1885.

- Villa, Eduardo. "El 2° Centenario de Medellín". En: Jorge Restrepo Uribe, *Medellín, su origen, su progreso y su desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.
- Villegas, Luis Javier. *Aspectos de la Educación en Antioquia durante el gobierno de Pedro Justo Berrío, 1864-1873*. Medellín: Secretaria de Educación y Cultura, 1991.
- Von Schenck, Friederich. *Viajes por Antioquia en el año de 1880*. Bogotá: Imprenta del Banco de la Republica 1953.
- Zuleta, Eduardo. Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época. Bogotá: Talleres Mundo al Día, 1937.